

JOSÉ WATANABE

# ELOGIO

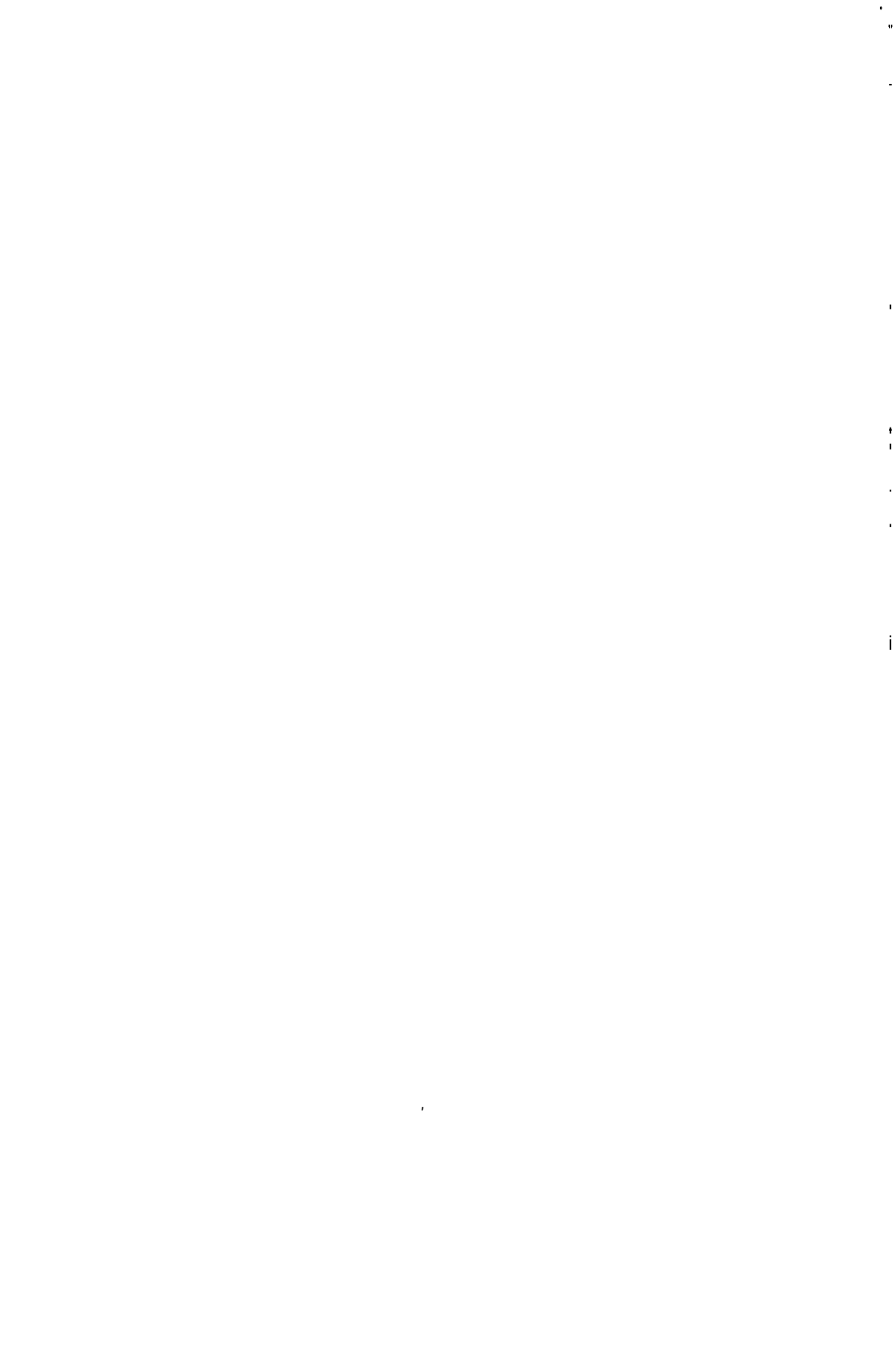
DEL

## REFRENAMIENTO

( 1971-2003 )



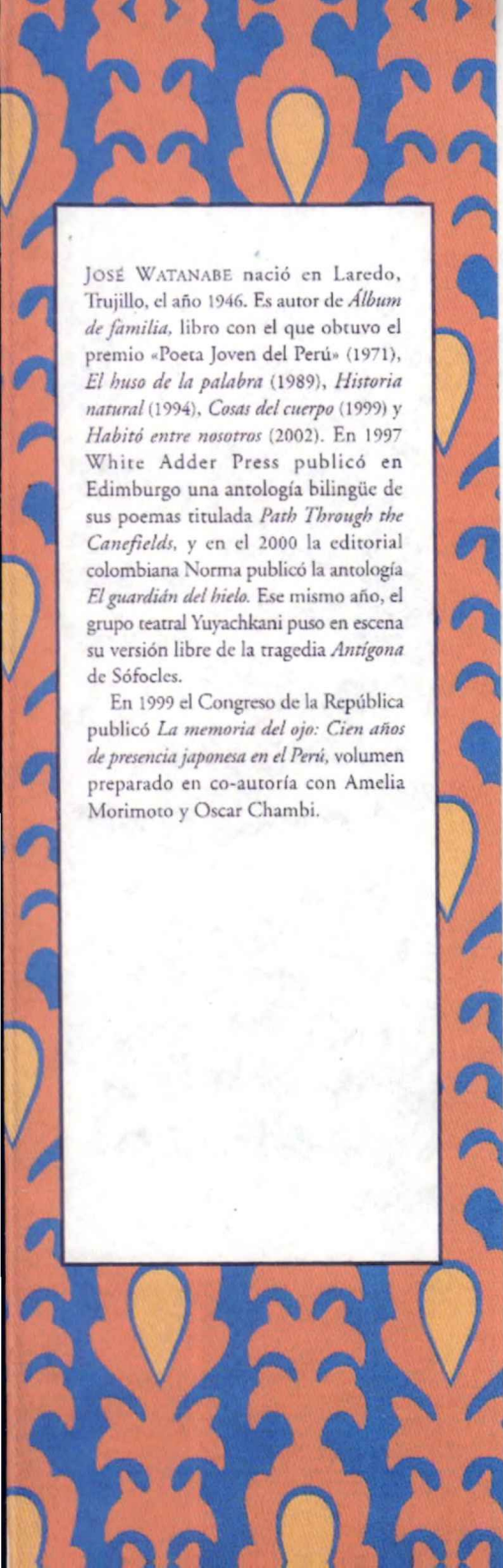
RENACIMIENTO  
*Colección «Azul»*  
SEVILLA • 2003



11.00  
1K 11/03







JOSÉ WATANABE nació en Laredo, Trujillo, el año 1946. Es autor de *Album de familia*, libro con el que obtuvo el premio «Poeta Joven del Perú» (1971), *El buso de la palabra* (1989), *Historia natural* (1994), *Cosas del cuerpo* (1999) y *Habitó entre nosotros* (2002). En 1997 White Adder Press publicó en Edimburgo una antología bilingüe de sus poemas titulada *Path Through the Canefields*, y en el 2000 la editorial colombiana Norma publicó la antología *El guardián del hielo*. Ese mismo año, el grupo teatral Yuyachkani puso en escena su versión libre de la tragedia *Antígona* de Sófocles.

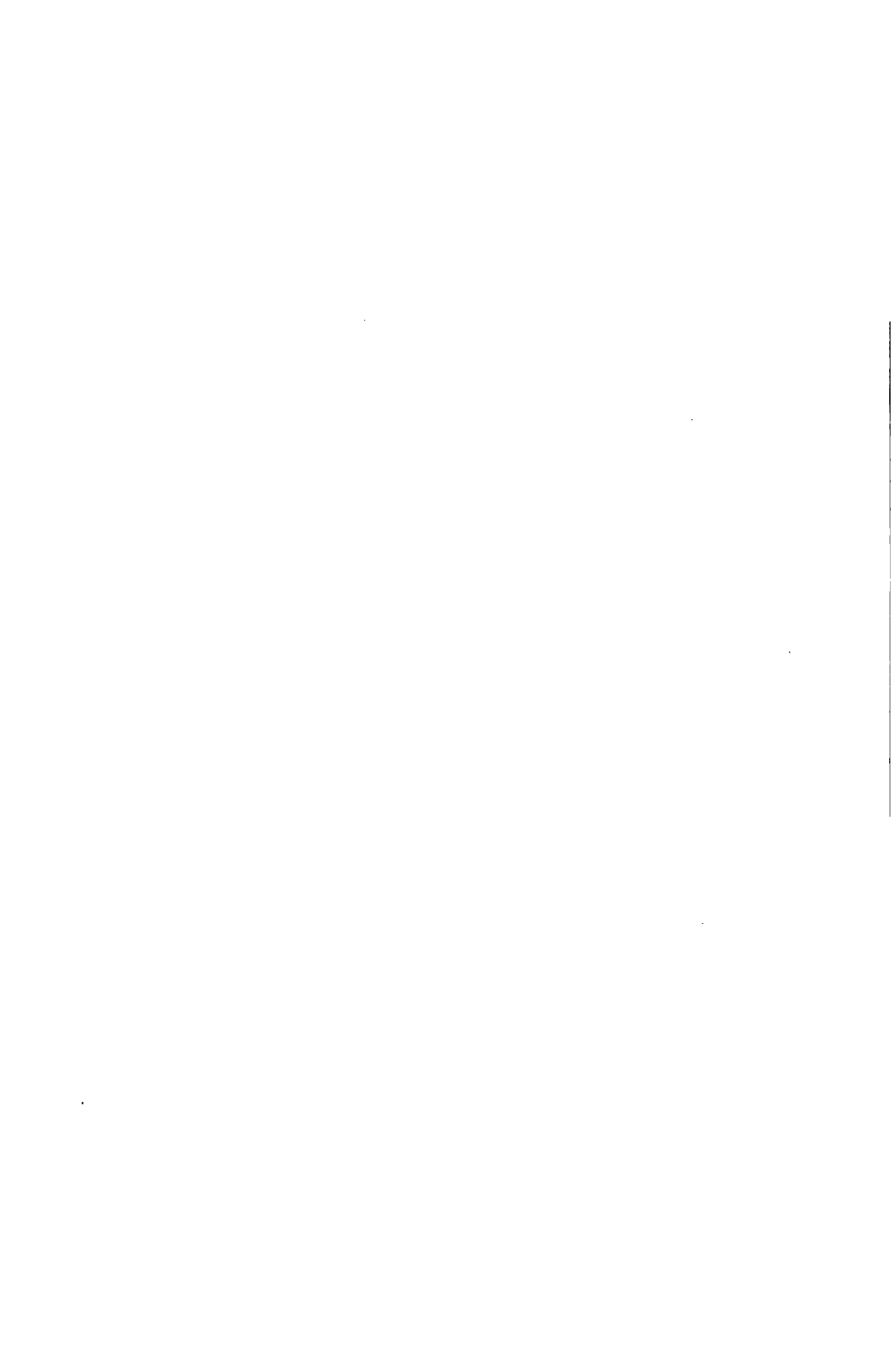
En 1999 el Congreso de la República publicó *La memoria del ojo: Cien años de presencia japonesa en el Perú*, volumen preparado en co-autoría con Amelia Morimoto y Oscar Chambi.

# ELOGIO DEL REFRENAMIENTO

**This One**



4A89-G13-210T





**Colección AZUL**  
*Poesía Hispanoamericana*  
5

Director:  
**RAFAEL ADOLFO TÉLLEZ**

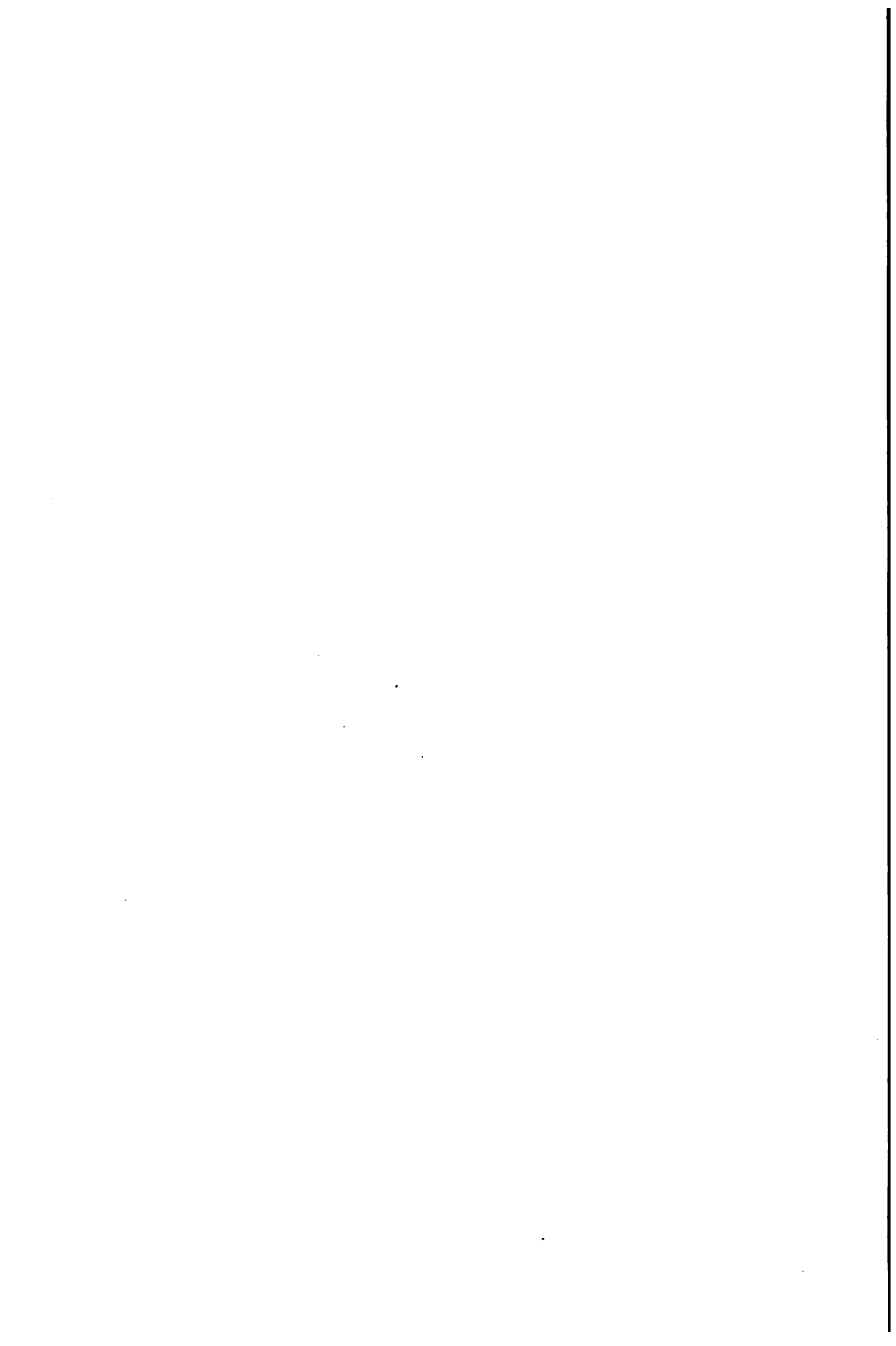
© De la selección y prólogo: Eduardo Chirinos  
© José Watanabe © 2003. Editorial Renacimiento

---

Depósito Legal: S. 1.270-2003  
Impreso en España

ISBN: 84-8472-131-0  
Printed in Spain

# INTRODUCCIÓN



## EL OJO MEDITATIVO DE JOSÉ WATANABE

**C**OMPañERO de ruta de los jóvenes airados de los setenta, José Watanabe (Laredo, 1946) mantuvo siempre una independencia estética que lo convirtió desde su primer libro en un poeta «insular». Esta insularidad, sin embargo, no lo excluyó de las propuestas más radicales de *Hora Zero* y *Estación Reunida* (grupos que entonces capitalizaban la idea del quehacer poético): apagados los fuegos de una poesía en la que convivía la más desaforada confesión personal con el registro de la violencia urbana y su rumor de voces emergentes, José Watanabe decidió que era hora de publicar. Luego de un silencio de dieciocho años, apareció *El huso de la palabra* (1989) al que siguieron *Historia natural* (1994), *Cosas del cuerpo* (1999) y *Habitó entre nosotros* (2002); libros que le bastaron para convertirse en el poeta más emblemático de su generación sin perder su merecida condición de «insular». Esta paradoja sustenta su personalidad poética, la misma que fue anunciada en 1970, cuando el hijo de un inmigrante japonés que leía haikús y trabajaba en una hacienda azuca-

ra al norte del Perú ganó el Premio Poeta Joven con un libro titulado *Álbum de familia* (1971).

¿Por qué, hoy por hoy, Watanabe es el más importante punto de referencia para los jóvenes poetas del Perú? Ni la amistad ni la comunidad de experiencias con sus compañeros de ruta están en condiciones de explicarlo, (él mismo ha confesado con humor que si no firmó los manifiestos de *Hora Zero* «fue porque quizás estaba con gripe»). La respuesta debemos encontrarla en el silencioso y complejo tejido que hilvanan sus palabras, en la solitaria pasión que a pesar del escepticismo se atreve a apostar por la trascendencia. Contra el lugar común que quiere ver en los poemas la exaltación del vitalismo espontáneo y la inspiración del instante, Watanabe no teme exhibir el obsesivo trabajo que suponen. Lo sorprendente es que esta exhibición (hecha con el mismo pudor y la misma dignidad con la que cuenta los hechos más personales) consigue convencernos de que cada una de sus palabras es irremplazable porque no puede sino estar allí, porque su presencia borra las huellas del trabajo que costó invocarla. Esta última observación funciona como el motor de su sistema expresivo: muchos de los poemas de Watanabe tienen como tema las dificultades del proceso de escritura. Pero allí donde otros se rinden a la queja ante la imposibilidad del decir, Watanabe nos ofrece la dimensión de su mirada. Una mirada adiestrada en los paisajes del norte del Perú, en los oscuros movimientos del cuerpo, en la permanente lección de los animales. En su poesía el silencio está al servicio de la palabra y la descripción al servicio de la reflexión, de allí la sensación de sentirnos partícipes de un ojo meditativo que sabe extraerle a los hechos más cotidianos su oculta condición de parábola universal.

Esto último cobra particular relevancia en *Habitó entre nosotros*, libro que en apariencia se aparta de las reflexiones que definen sus volúmenes anteriores, pues cuenta nada menos que la historia de Cristo, desde su nacimiento hasta el descenso de la cruz. Es en este libro excéntrico donde hallamos el sustento ideológico de las parábolas que recorren de norte a sur la obra de Watanabe. Lejos de una recreación piadosa de la pasión de Cristo, estos poemas proponen una reflexión poética (y por lo mismo más popular y más humana) que se solidariza con su mayor deseo: el que la palabra poética sea la palabra de todos:

*La Palabra*  
*siendo como es, divina, se pronuncia*  
*con lengua de hombres,*  
*lengua efímera pero tocada*  
*por una gracia: la parábola,*  
*aquella pequeña historia*  
*que guarda una serena ansia: ser de todos.*

(«Razón de las parábolas»)

Pero esta ansiada comunidad no se limita a los registros lingüísticos, antes bien amplía sus fronteras a los insospechados registros del cuerpo, aquellos que sólo percibimos en el placer y en el dolor. En muchos de sus poemas escuchamos esas «voces vegetativas» y humildes con las que nuestro cuerpo se comunica con nosotros para recordarnos que somos parte del mundo, que la naturaleza habla a través de nosotros y aún antes que nosotros porque sus voces provienen «de un alba más remota»:

*No morirás: tus voces vegetativas siguen sonando  
y ya son (y ya eres) parte del rumor pantelista que viene del bosque  
y, al parecer, de un alba más remota.*

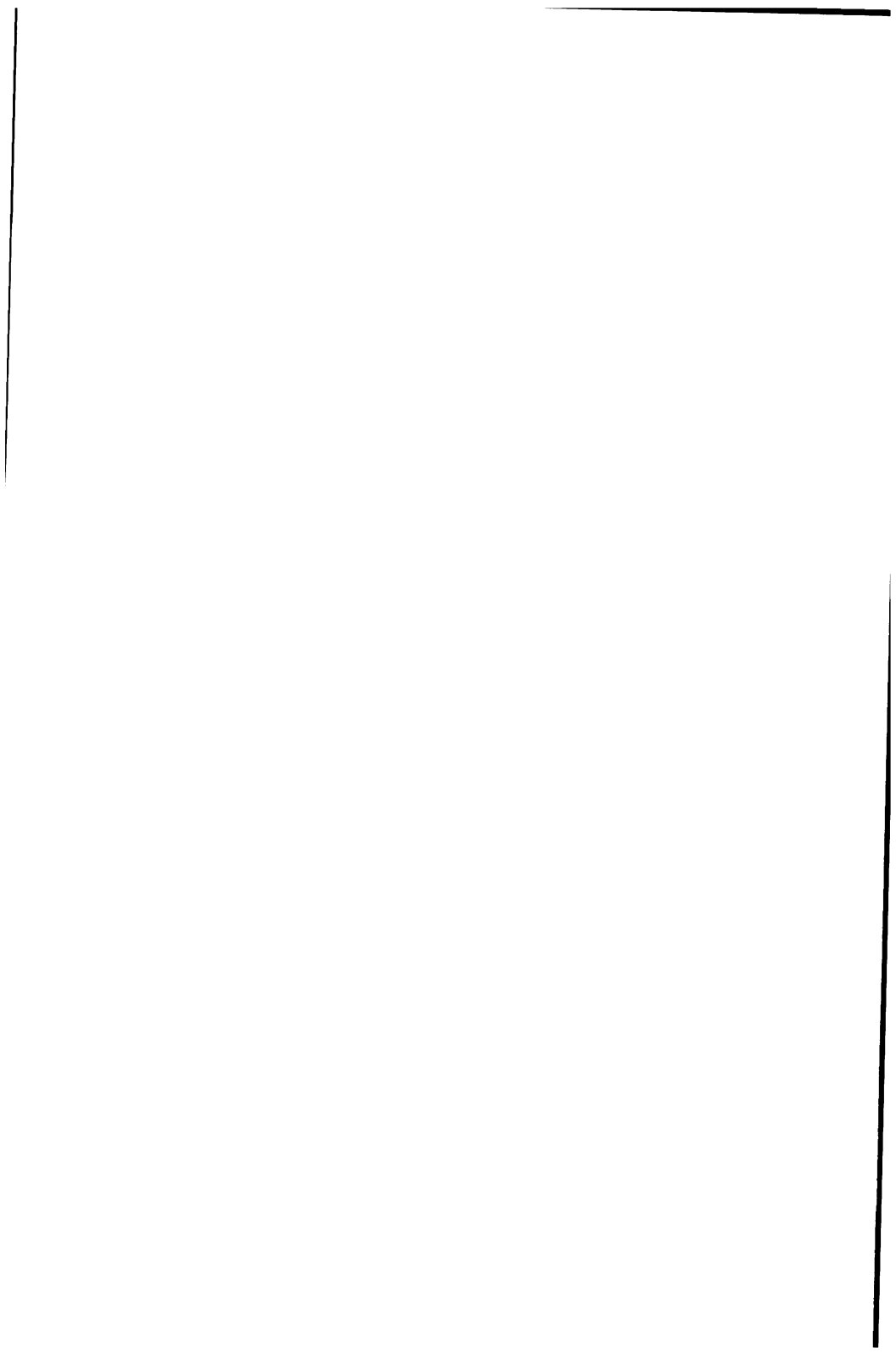
(«Como el peje-sapo»)

En un ensayo publicado en 1991 a propósito de la aparición de *El huso de la palabra*, escribí que en la poesía de José Watanabe toda reflexión se originaba y sustentaba en la experiencia visual, y que su escepticismo no parecía provenir del desengaño ni de la pérdida de una fe irrecuperable, sino de la tiranía de un ojo meditativo que, a fuerza de arrancarle a las cosas su significación más primaria, conseguía ver tras ellas la proyección objetiva de sus propios conflictos. Los años han pasado y advierto que sus libros posteriores confirman mi lectura inicial sin que ello signifique una reiteración de sus recursos. Hay poéticas que eligen condensarse para ganar en hondura y, de paso, arrojar sombras. La de Watanabe es una de ellas: aprendida la lección estética y moral que le impartiera su padre —quien le «traducía, en medio del pleito de pollos y patos del corral, los poemas de Bashó»—, aprendida la lección de Mallarmé —quien asumía en la destrucción a su Beatriz—, la poesía de Watanabe discurre entre la visión de un ojo atento al mundo y el registro de una mano amable y censora que refrena el exceso y controla severamente cualquier desborde. Esto último podría dar la errónea impresión de que se trata de una poesía que apuesta por el control expresivo, cuando lo que hace es poner en escena aquellas experiencias íntimas que reclaman en voz baja nuestra complicidad. De este modo, la lectura de estos poemas trasciende sin traicionar la especificidad de su geografía (la costa norte del Perú, el paisaje urbano limeño, los

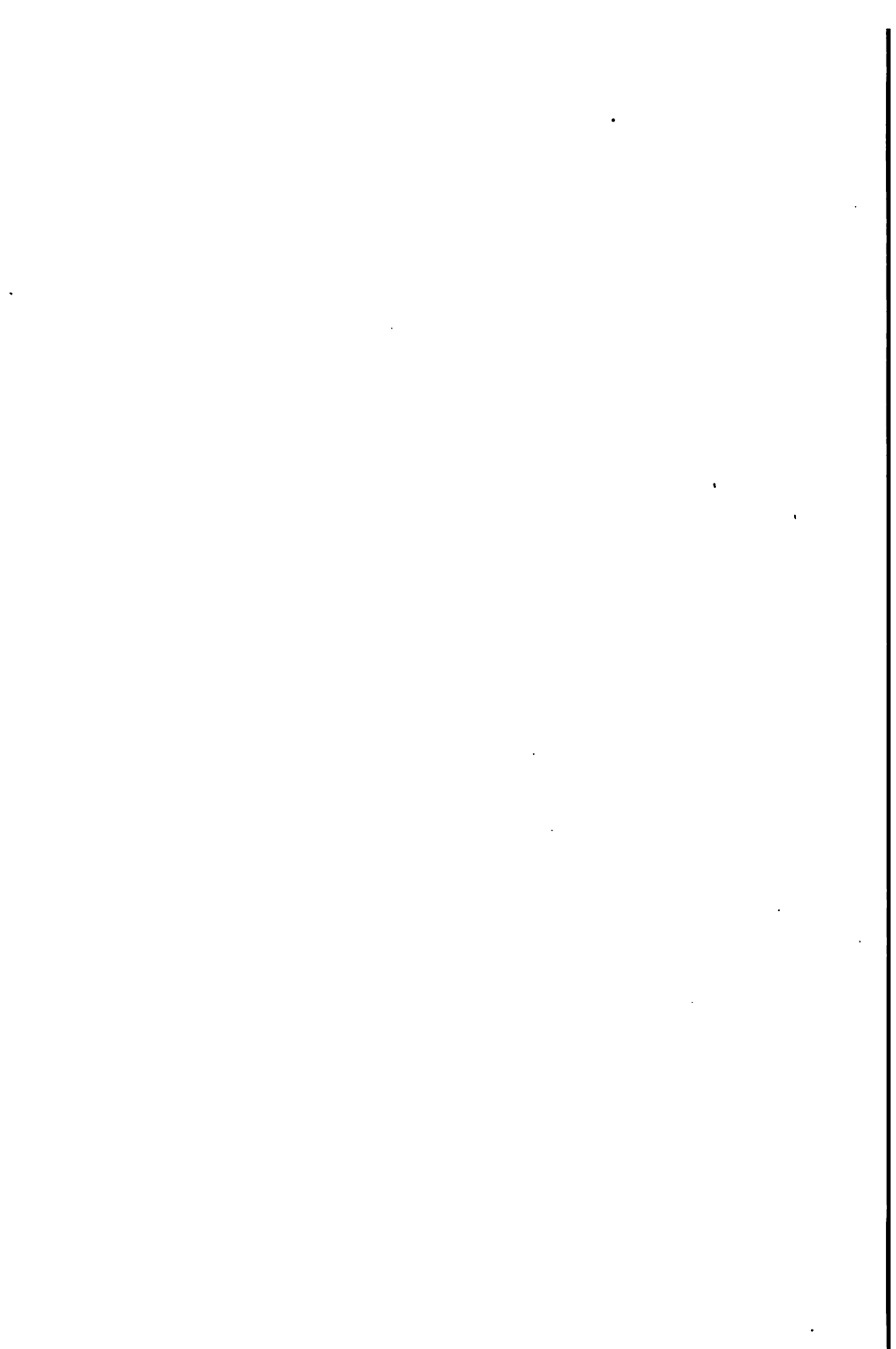
hospitales de Baja Sajonia) y la familiaridad (o la extrañeza) de sus climas culturales para invitarnos a ver en sus palabras el contorno de las imágenes y su contenida y pudorosa explosión de significados.

Valgan estas breves palabras para presentar una muestra de los poemas que, a fuerza de ser suyos, han logrado ser parte de nosotros.

*Eduardo Chirinos*



ÁLBUM DE FAMILIA  
(1971)



## ACERCA DE LA LIBERTAD

**E**STA mañana he comprado un pájaro  
como se compra una fruta  
un ramo de flores.  
Dicen que Hokusai compraba pájaros para liberarlos.  
También Leonardo  
pero midiéndoles el impulso y el rumbo.  
Posiblemente en la infancia he pintado pájaros  
pero jamás les he hallado relación exacta con los aviones.  
Estoy tentado a liberar este pájaro  
a devolverle  
su derecho a morir sobre el viento.  
Me van a pedir razones.  
Sentiré la obligación de hablar acerca de la libertad  
pero mi familia que es muy lógica  
dirá que afuera solo  
con el viento  
a ver qué hago.

## POEMA TRÁGICO CON DUDOSOS LOGROS CÓMICOS

MI familia no tiene médico  
ni sacerdote ni visitas  
y todos se tienden en la playa  
saludables bajo el sol del verano.

Algunas yerbas nos curan los males del estómago  
y la religión sólo entra con las campanas alborotando  
los canarios.

Aquí todos se han muerto con una modestia conmovedora,  
mi padre, por ejemplo, el lamentable Prometeo  
silenciosamente picado por el cáncer más bravo que  
las águilas.

Ahora nosotros  
ninguno doctor o notable  
en el corazón de modestas tribus,  
la tribu de los relojeros  
la más triste de los empleados públicos  
la de los taxistas  
la de los dueños de fonda  
de vez en cuando nos ponemos trágicos y nos preguntamos  
por la muerte.

Pero hoy estamos aquí escuchando el murmullo de la mar  
que es el morir.

Y este murmullo nos reconcilia con el otro murmullo del río  
por cuya ribera anduvimos matando sapos sin misericordia,  
reventándolos con un palo sobre las piedras del río tan  
metafórico

que da risa.

Y nadie había en la ribera contemplando nuestras vidas hace  
años

sino solamente nosotros

los que ahora descansamos colorados bajo el verano  
como esperando el vuelo del garrote

sobre nuestra barriga

sobre nuestra cabeza

nada notable

nada notable.

## INFORME PARA MI HERMANO MUERTO EN LA INFANCIA

AHORA no hay lugar a discusión ni defensa.

La peste tenía su oficio.

Fue duro verte rodar como una semilla.

Yo sobreviví entre los muertos.

Caminamos por los pasillos como en esas silenciosas y vastas  
posadas.

Respiramos el deseo de huir sin cancelar la cuenta.

Papá escanció su último aire sobre nosotros.

Me acompaña una muchacha parecida a una fuente.

Nos alimenta una licuadora.

Ya empieza el verano.

Te ves con papá?

En general, me he vuelto un poco indiferente.

A veces pesa mucho el silencio de los cipreses y los muertos.

## CINE MUDO

MIRANDO el amor,  
tendido en los pastos,  
si cierras un ojo tendrás una estampa china.

Dónde está China?  
Mi madre tenía una ventana y no pudo ver China.

La máquina 7 ha pasado por el cielo diciendo adiós.

Pasó un manicero vendiendo maní. Adiós.

No era un manicero: desconfía de la nubes que arrojan maní.

Ha bajado un caballo  
y en el cielo la yegua espera acostada diciendo amor.

Está pasando un entierro,  
el muerto quería ir caminando  
pero que comprenda que comprenda le dijeron.

Le dijeron que la huelga continuaba ante la tropa y la bala.

Adiós. Ultimo adiós. Adiós levantando un manojito de pasto.

Cómo te llamas? No quiere hablar.

Como mi madre cuando mira por su ventana.

No tengas miedo. En tu memoria  
las yeguas han postergado su boda de blanco.  
Ellos están esperando noticias  
y hermoso es el oficio de cartero bajo la tierra.

Son blancas las calles bajo la tierra?  
Saluda a mi hermano,  
que levanté un manojito de pasto, así le dices.

## LAS MANOS

MI padre vino desde tan lejos  
cruzó los mares,  
    caminó  
    y se inventó caminos,  
hasta terminar dejándome sólo estas manos  
y enterrando las suyas  
    como dos tiernísimas frutas ya apagadas.

Digo que bien pueden ser éstas sus manos  
encendidas también con la estampa de Utamaro  
    del hombre tenue bajo la lluvia.

Sin embargo, la gente repite que son más  
aunque mi padre.  
multiplicó sus manos  
    sólo por dos o tres circunstancias de la vida  
o porque no quiso que otras manos  
    pesasen sobre su pecho silenciado.

Pero es bien sencillo comprender  
    que con estas manos  
también enterrarán un poco a mi padre,  
    a su venida desde tan lejos,  
    a su ternura que supo modelar sobre mis cabellos  
cuando él tenía sus manos para coger cualquier viento,  
    de cualquier tierra.

LA VISITA DEL OJO QUE SUPERVISA  
A LOS BUENOS HOMBRES

DESDE la poderosa región de las antesalas y los tronos  
donde moran secretarias y vencedores,  
cada cual a su conquistada manera,  
partía el Ojo Vigilante del Estado  
hacia los perdidos reinos donde nosotros los diligentes  
clasificábamos a los beneficiarios de la felicidad  
dibujada en folletos.

«Las necesidades ahogan las convicciones y  
los escrúpulos arañan como un millón de gatos nuestro sueño.  
Es falsa esta mudanza de plumas  
pero mi hijo será hermoso».

Y esperamos  
porque cerca está el rendimiento de las cuentas  
y el Ojo es inalterable  
y es vengativo si no te acoges a su gracia.

Vendrá volando?  
A caballo quizás?  
Veremos a lo lejos como un penacho la bandera del Servicio  
Oficial?

Posiblemente ya está invisible entre nosotros,  
y en ese convencimiento hacemos venias al aire, intuyéndolo

**entre nuestras aprensiones  
y nuestros más hermosos pensamientos:  
«Mi hijo será hermoso y será llamado Cristóbal».**

## CUATRO MUCHACHAS ALREDEDOR DE UNA MANZANA

*La música de Susana tocaba las lujuriosas fibras*

WALLACE STEVENS

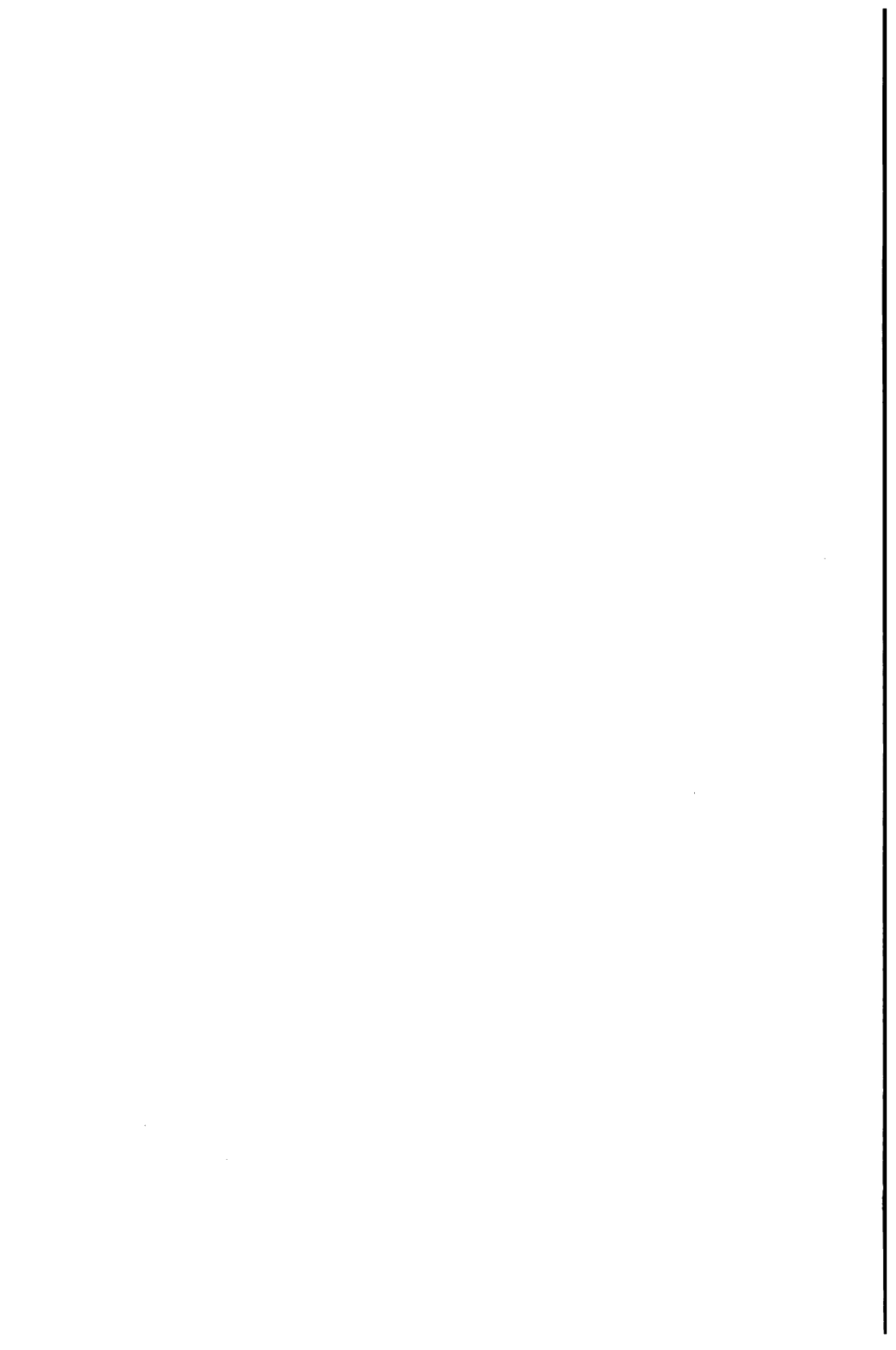
LA manzana es alianza del hombre y su deseo.

Y así perdura bajo mis uñas, inacabable  
en la estridencia de la guitarra.

Pienso en la frente del viejo Beethoven que he propuesto  
como una pausa;  
pero la manzana acecha y codicia en silencio  
el viejo fuego en la risa demasiado suelta  
de cuatro muchachas que hacen del fuego juego de entrega,  
juego y juego  
que me obligan a parapetos que me humillan:  
forzo gesto que no acostumbro  
como sonrisas condescendientes  
como miradas que se refugian en los rincones.  
Es verdad que en el asalto nunca he sido ducho,  
sé que mi viejo caballo está hecho para dilatadas acechanzas  
y ante ellas de estos tiempos de desenfado  
se intimida no se consume ni en hoguera ni en discordia.

Celebro el rasgueo vertiginoso de la guitarra en la fonola  
y mientras ellas aplauden yo sueño procacidades, me miro  
los dedos que ya no llevan guantes para arrojar al suelo  
y decido mi retiro, sin discordias y a desgana,  
mientras va devorándose sola mi manzana.

EL HUSO DE LA PALABRA  
(1989)



## MI OJO TIENE SUS RAZONES

**C**REO que mi ojo tiene un arbitrario criterio de selección.  
Obviamente hubo más paisaje alrededor,  
imposible que sólo fuéramos ella y yo en el rompeolas.

Soy de repeticiones, como todos. Entonces puedo suponer que  
si hubo niebla

le dije: botes en la bruma pueden ser sólo reflejos, espejismos,  
y le mencioné el antiguo haiku de Harumi:

«Entre la niebla  
toco el esfumado bote.  
Luego me embarco».

Si hubo sol

le tomé fotografías con el hueco de la mano y acaso la azoré  
diciéndole: posa con los senos hacia el viento.

Si pasaron gaviotas y ella las admiró, le recordé  
que eran aves carniceras y que únicamente su feo canto es honesto.  
Mi ojo todo lo veía, no descartaba nada.

Entramos en el mar por el rompeolas de rocas cortadas.

Sobre una roca saliente ella recogió su falda

y deslizó sus pies hacia el agua.

Sus muslos desnudos hallaron comodidad en la piedra.

Era particularmente raro

el contraste de su muslo blanco contra la roca gris:

su muslo era viviente como un animal dormido en el invierno,



## COMO SI ESTUVIERA DEBAJO DE UN ÁRBOL

EN otro lado esta muchacha tendr a hermosas piernas  
y yo abrir a las manos midiendo en el aire su cadera  
o pensar a algo impúdico y bello para nombrar sus senos.  
Esta muchacha taqu grafa mecanógrafa de buena presencia  
no me sonríe ni canta,

pero debiera.

Vive ocho horas diarias frente a mí

sentada sola y lejana

lejana en una larga perspectiva sobrevolada por estantes y escritorios  
y palomas fijadas en el aire y una ventana que distorsiona su propio marco  
y ella más sola y lejana cada vez.

Oh, yo no

soy surrealista

soy empleado

y esta muchacha archiva mi oficio y beneficio, mi nombre  
que flota como un globo entre los conserjes y los doctores.

A la hora del refrigerio ella abre su lonchera

y dispone sobre el escritorio su alimentación de pájaro

como si estuviera debajo de un  rbol.

Esta muchacha

como si estuviera debajo de un árbol debiera cantar  
y yo debiera ser galante con el suave color de sus mejillas.

## IMITACIÓN DE MATSUO BASHO

FUIMOS rebeldes y audaces. Yo la convencí de la nueva moral que ni aun yo tenía, y huimos sin ceremonia ni consentimiento. Ella trepó ágilmente a la grupa de mi caballo y así cabalgamos hasta las primeras estribaciones de la sierra. Bordeábamos los poblados y con ramas desgajadas íbamos cubriendo nuestras huellas. Nos detuvimos en una aldea cuyo nombre alude a la contemplada limpidez del río que la atraviesa.

Había clara luz de tarde cuando el posadero nos abrió la pesada puerta de palo. A pesar de reconocer en él a un hombre sin suspicacias, le mentimos nuestros nombres. Le encargué una buena habitación para nosotros y cuidados para nuestro caballo. Ella, azorada y hambrienta, mordía a mi lado una manzana.

El cuarto era blanco y olía a resinas de eucalipto. Aunque ofrecido con excesiva modestia por el posadero, allí hallamos seguridad. Desde el pie de nuestra ventana los trigales ascendían hasta las faldas ricasas donde pastaban los animales del monte. Las cabras se perseguían con alegre lascivia y se emparejaban equilibrando peligrosamente sobre las agujas rocosas. Ella cerró la ventana y yo empecé por desatar su largo cabello.

Fuimos rebeldes y audaces. Sin embargo, ahora nos perdonan nuestras familias y nos perdonamos nosotros mismos. Nuestro hogar ha sido tardíamente consagrado. Eso es todo. Nunca trai-

cioné otras grandes verdades porque quizá no las tuve, excepto el amor que me hizo edificar una casa, excepto el amor que nunca debió edificar una casa.

A veces pienso cabalgar nuevamente hasta esa posada para colgar en su puerta estos versos:

En la cima del risco  
retozan el cabrío y su cabra.  
Abajo, el abismo.

## LA MANTIS RELIGIOSA

MI mirada cansada retrocedió desde el bosque azulado por el sol  
hasta la mantis religiosa que permanecía inmóvil a 50 cm. de  
mis ojos.

Yo estaba tendido sobre las piedras calientes de la orilla del  
Chanchamayo  
y ella seguía allí, inclinada, las manos contritas,  
confiando excesivamente en su imitación de ramita o palito seco.

Quise atraparla, demostrarle que un ojo siempre nos descubre,  
pero se desintegró entre mis dedos como una fina y quebradiza  
cáscara.

Una enciclopedia casual me explica ahora que yo había destruido  
a un macho  
vacío.

La enciclopedia refiere sin asombro que la historia fue así:  
el macho, en su pequeña piedra, cantando y meneándose, llaman-  
do hembra  
y la hembra ya estaba aparecida a su lado,  
acaso demasiado presta  
Y dispuesta.

Duradero es el coito de las mantis.  
En el beso  
ella desliza una larga lengua tubular hasta el estómago de él

y por la lengua le gotea una saliva cáustica, un ácido,  
que va licuándole los órganos  
y el tejido del más distante vericuerdo interno, mientras le hace  
gozo,

y mientras le hace gozo la lengua lo absorbe, repasando  
la extrema gota de sustancia del pie o del seso, y el macho  
se continúa así de la suprema esquizofrenia de la cópula  
a la muerte.

Y ya viéndolo cáscara, ella vuela, su lengua otra vez lengüita.

Las enciclopedias no conjeturan. Esta tampoco supone qué última  
palabra

queda fijada para siempre en la boca abierta y muerta  
del macho.

Nosotros no debemos negar la posibilidad de una palabra  
de agradecimiento.

## PLANTEO DEL POEMA

Yo quería escribir un poema,  
un estudio del canguro hembra que termina de procrear su  
cangurito  
en una bolsa membranosa que lleva a guisa de delantal.  
Ampliando un poco la imagen  
debía identificar esa bolsa materna con mi dormitorio.  
Y dentro de la bolsa-dormitorio estaría mi hija recién nacida  
y un tanto edípicamente yo mismo. Mi mujer,  
la cangura, debía administrar esa bolsa de cemento como parte de  
su cuerpo,  
estableciendo su maternalismo sobre ambos, incluso sobre las  
cosas.  
Cuando llegó mi hija yo sospeché esta conversión, y tuve miedo.  
Mi hija pudo tener alas y largarse por la ventana  
pero decidió ser como papá y mamá que no saben volar.  
Por eso fue menester que la habitación se convirtiera en marsupia  
donde ella terminaría de criarse arrojándome sus olores  
de talco y caca, y convirtiendo los bellos pechos eróticos de mi  
cangura  
en pechos nutricios.  
También debía hablar de mis actitudes de mono alrededor de su  
cuna  
diciéndole «cara de poto», pero babeante, pero progenitor,  
pero a sus órdenes.  
Yo debí escribir ese poema. Espero hacerlo algún día.

## LA DANZA

LA mano de mi esposa resbalaba desmayada  
por el brazo del sillón, dándose al beso  
final.

Hacía tiempo que ella era mi fallecida. El silencio  
nos comunicaba bien. Las palabras eran un contratiempo, nos  
despertaban

del conjunto escultórico que componíamos: Dama y Caballero  
sobre la losa funeraria, y ella empezaba  
su larguísimo reproche, mis descuidos  
en la vigilancia de la aguas.

Oh esas infinitas noches en que nuestras palabras  
terminaban siendo jitanjáforas  
que vagamente expresaban encono y desazón, hasta la luz  
del alba, celeste afuera, virando al amarillo en mi ventana.

Yo creo casi supersticiosamente en signos  
y esperaba la ocurrencia de uno que pusiera alguna definición  
entre nosotros.

Fue cuando apareció en la sala la raíz blanca, extraviada e  
inquietante  
de un árbol callejero.

La raíz separaba dos baldosas y emergía, nudosa y espectral,  
como los tres huesos de un dedo, el comienzo de un esqueleto  
completo

que había escarbado arduamente hasta mi casa  
para danzar

finalmente  
con mi esposa (visión de seguro venida de los grabados  
de Posada).

La raíz  
era signo  
o, si hecho, los tres o cuatro huesos que cualquiera encuentra en  
su casa.

En verdad, pues, no vi el esqueleto  
completo,  
pero a un año me divierte imaginarla (carcancha también) con él,  
danzando, resbalando  
sobre las sustancias blandas que fue desprendiendo en su descarné.

## LOS VERSOS QUE TARJO

LAS palabras no nos reflejan como los espejos, así exactamente,  
pero quisiera.

Escribo con una pregunta obsesiva en las orejas:  
¿es ésta la palabra exacta o es el amague de otra  
que viene

no más bella sino más especular?

Por esta inseguridad

tarjo,

toda la noche tarjo, y en el espejo que aún porffio  
sólo queda una figura borrosa, mutilada, malograda.

Es como si cumpliera la amenaza de la madre  
sibilina

Al niño que estaba descubriéndose, curioso,

en su imagen:

«Tanto te miras en el espejo  
que algún día terminarás por no verte».

Los versos que irreprimiblemente tarjo  
se llevarán siempre mi poema.

## REFULGE OTRA VEZ EL SOL

**REFULGE** otra vez el sol sobre el río,  
siéntate en la hierba con espíritu tranquilo  
y mira a los muchachos bañarse y reír.  
Acepta estrictamente esta visión.

(Has mirado tu sombra desde el puente  
y te ha extrañado  
que no tuerza hacia la corriente.)

Tú también te bañaste aquí  
y entonces el río era igualmente sucio, dejaba  
estrías de barro en las comisuras de la boca  
donde se formaba esa risa gratuita, risa  
sólo por estar allí, zambulléndose  
y emergiendo con un único conocimiento,  
el de las cualidades tangibles del agua.  
Ese era el sentido de la risa.  
Acepta estrictamente ese sentido y declina  
la especulación poética. Porque es tu verso opaco  
contra tu brillante alegría de muchacho.

## A PROPÓSITO DE LOS DESAJUSTES

Los muchachos que no emigraron cantaban en la esquina  
y el sonámbulo, yo,  
se enteraba sin sorpresa del transcurrir de las cosas,  
y esa noche el sonámbulo  
escribió notas para un poema vagamente melancólico:  
Han sucedido muertes y matrimonios  
y el humo espeso de la caña molida sobrevuela todavía».   
También dijo: «Aún estoy a tiempo para reconciliarme».

Allá quedaron los muchachos  
y yo he regresado con alfajores de yema para mi desayuno  
y he sorprendido en mi cama a una mujer con su cría  
y me ha besado como si hace tiempo me conociera  
y me esperara,  
«supuse que vendrías hoy y te guardé un poco de carne con sal»,  
dice.

Y he venido a esta máquina a explicarme:  
¿Soy yo el que trabaja para esta mujer y su cría?  
¿Qué sentido reconozco para esta mujer que duerme en mi cama?  
¿Qué afecto hacia cada palmo de mi tierra he olvidado,  
qué costumbres  
que a los muchachos les daba seguridad y confianza para cantar?  
Pero esta máquina —la poesía, digamos— es más esquiva  
que anguila, que mercurio, que cardumen entre las manos, y

chapaleo,  
y no hay leyes que ajusten  
a los muchachos que cantaban/ al humo de la caña/ a las muertes  
y matrimonios  
con la mujer que despierta y me mira/ con la bebe colorada  
con el sonámbulo  
que trata de decir bellamente sus palabras (de idiota).

## SALA DE DISECCIÓN

UN cadáver puede provocar una filosofía del ensimismamiento,  
sin embargo los estudiantes admirablemente  
estaban entusiasmados con su muerto,  
lo rodeaban  
y discutían con fervor la anatomía de ese cuerpo de piel coriácea.  
Yo aprendía otra lección:  
la vida y la muerte no se meditan en una mesa de disección.  
Los estudiantes me previnieron  
que iban a extraer el cerebro. Permanecí con ellos:  
a veces soporto lo siniestro sin perturbarme demasiado.  
No hay sofisticación instrumental para retirar un cerebro,  
una modesta sierra de carpintero  
cortó el cráneo a la altura de las sienas,  
luego sumergieron el órgano mítico en un frasco lleno de formol.

Yo me dediqué a observarlo, solo, en otra mesa  
mientras los estudiantes seguían cotejando su denso libro con el  
muerto.

Sorpresivamente  
una bruja brillante brotó del interior del cerebro  
como un mensaje venido de la otra margen,  
y no había boca que lo pronunciara.

No había boca.

La burbuja, muda, se deshizo en ese aire levemente podrido.

## ESCENA DE CAZA

NO por cólera

negaré la belleza de los brillantes jaeces.

Cuando el cuerno de caza ya no suene en el fondo del bosque  
alabaré mejor el paciente trabajo de los artesanos del burgo.

Ahora tengo prisa:

el tropel de caballeros y cortesanas galopa en el coto de caza,  
hieren con saña la grupa y el ijar de los elásticos corceles  
y el griterío de las cien cabezas picudas de los lebreles

          husmea la tierra,

el aire y la rama quebrada,

          y reconocen y avistan

el calor y el olor del venado en la huidiza pisada.

La zarza ha herido el airoso lomo curvado en el aire

y en todo el bosque del condado la presa no hallará casa ni confín  
donde apacentar su proverbial belleza

elogiada al amanecer por el remanso del río.

          No por perseguido

empezaré el dulce lamentar. La música de las altas esferas  
no convierte al venado de hermosura  
en tigre.

Mas ya desnudo y profano como hijo de vecino

el venado se vuelve ante la babeante dentellada

y apresta con un gesto de rabia la cornamenta —un gesto  
de veras hermoso, que ni mil palabras—

un gesto que ha fijado todo movimiento de perros y reyes  
sorprendidos en el óleo.

## EN SU CAÍDA

LOS patos que van al sur  
otra vez están llegando al estuario de Végueta  
y ante la elegante gaviota  
arman su algazara con la gracia de los vulgares.  
La gaviota hace un gesto hostil y vuela hacia las islas tranquilas.  
Los patos quedan sumergiéndose, cuchareando el limo, buscando  
desoves,  
mientras el sol descende como un globo y se detiene fragoroso  
detrás del árbol  
que crece en la pequeña isla salina del estuario.  
Todos los elementos del paisaje parecen convergir en el sol.

De pronto el mundo cambia de orientación y de ánimo:  
ha resonado el disparo  
de un cazador que acallando a su perro avanzó hasta el gramadal.  
Los patos corren rasantes y con espanto sobre el agua  
hasta alcanzar el vuelo y perderse detrás del farallón,  
pero el herido,  
el herido queda manteniéndose dramáticamente en una media  
altura,  
sobre el árbol,  
sobre el sol,  
e inesperadamente se eleva casi vertical como si buscara acabarse  
en el punto más alto  
del aire.

Cuando empieza a caer se forma en mi boca una frase piadosa,  
una frase, que él ni nadie podrá oír en su caída:  
«Estás cayendo hacia el sol», le digo inútilmente.

## TROCHA ENTRE LOS CAÑAVERALES

CAMINAS la trocha de los cañaverales,  
reverbera unánime el color verde.  
El mundo es solar y verde.  
La vaca que pasa tocando su cencerro  
y el muchacho que la sigue con una pértiga  
pierden su color y se pliegan al verde.  
Pero hay una piedra gris que se resiste, que rechaza  
el verde universal.  
En esa piedra los braceros afilan sus machetes,  
a las 5 de la tarde, exhaustos, hambrientos  
y con el rostro tiznado por la ceniza de la caña.  
Dale entonces la razón al juicioso chotacabras  
que emerge volando de los cañaverales  
y te amonesta:  
«Aquí no, tu dulce égloga aquí no».

## EL ANÓNIMO (ALGUIEN, ANTES DE NEWTON)

DESDE la cornisa de la montaña  
dejo caer suavemente una piedra hacia el precipicio,  
una acción ociosa  
de cualquiera que se detiene a descansar en este lugar.  
Mientras la piedra cae libre y limpia en el aire  
siento confusamente que la piedra no cae  
sino que baja convocada por la tierra, llamada  
por un poder invisible e inevitable.  
Mi boca quiere nombrar ese poder, hace aspavientos, balbucea  
y no pronuncia nada.  
La revelación, el principio.  
fue como un pez huidizo que afloró y volvió a sus abismos  
y todavía es innombrable.  
Yo me contento con haberlo entrevisto.  
No tuve el lenguaje y esa falta no me desconsuela.  
Algún día otro hombre, subido en esta montaña  
o en otra,  
dirá más, y con precisión.  
Ese hombre, sin saberlo, estará cumpliendo conmigo.

## LA RISA

UNA cuadrilla de obreros  
está desmontando una vieja casona de Barranco.  
Con una venia de paseante les pido su consentimiento para  
mirarlos.

Desatan las paredes con barretas, ordenadamente,  
hilada tras hilada

de adobe

De repente un obrero llama a los otros  
y señala

una larga hilada con profundas huellas de perro,  
huellas fijadas por el sol de 1910

(según fecha en el frontis de la casa)

Todos acuden y ríen,  
largamente ríen, incomprensiblemente ríen.

Es que ellos saben,

han recibido la imagen de la adobería de entonces:

tendales de adobes frescos y un perro distraído

caminando sobre ellos, imprimiendo sus patas,

y alguien, acertándole con un poco de barro: «¡Zafa, perro zonzol!»,

y perro zonzo huyendo, asustado y loco, dejando sus huellas  
en el barro fresco.

Y eso dio risa,

muy seguramente que dio risa en la adobería de entonces.

Hoy esa risa se oye aquí, en estas bocas,

como un eco que demoraba, hasta que vino.

## EL NIETO

UNA rana  
emergió del pecho desnudo y recién muerto  
de mi abuelo, Don Calixto Varas.  
Libre de ataduras de venas y arterias, huyó  
roja y húmeda de sangre  
hasta desaparecer en un estanque de regadío.

La vieron  
con los ojos, con la boca, con las orejas  
y así quedó para siempre  
en la palabra convencida, y junto  
a otra palabra, de igual poder,  
para conjurarla.

Así la noche transcurría eternamente en equilibrio  
porque en Laredo  
el mundo se organizaba como es debido:  
en la honda boca de los mayores.

Ahora, cuando la verdad de la ciencia que me hurga  
es insoportable,  
yo, descompuesto y rabioso, pido a los doctores  
que me crean que la gente no muere de un órgano enfermo  
sino de un órgano que inicia una secreta metamorfosis  
hasta ser animal maduro y dispuesto a abandonarnos.  
Me inyectan.  
En mi somnolencia siento aterrado

que mi corazón  
hace su sístole y su diástole en papada de rana.

## COMO EL PEJE-SAPO

NUNCA escuchaste canto más razonable  
que el de los pájaros que anoche hufan de la tormenta:

«Más vale/ estar asido/ del aire».

Porque en el peligroso borde palpas verso como ramita providencial  
o frase de la filosofía como piedra para apoyar el pie.

Sí, más te hubiera valido aprender a asirte del aire.

Tendido, tu cuerpo suena sus tripas y te recuerda que  
aún te quedan tus humildes voces

vegetativas. Sonríes

y con ternura maternal oyes tu borborismo y tu pedo,  
y te serenas:

en el peligroso borde te afirmas como el peje-sapo en la roca marina,  
con el vientre.

Callada tu mente y su prestigioso trabajo,

descubres, en el peligroso borde, que tu cuerpo es más inteligente  
y que es tuyo y de todos. Todo cuerpo es tótem.

Levántate y muestra tu desnudez al alba que ya empieza.

A las 7 los cirujanos te abrirán el pecho con sus escalpelos.

No morirás: tus voces vegetativas siguen sonando

y ya son (y ya eres) parte del rumor pantefista que viene del bosque  
y, al parecer, de un alba más remota.

## NUESTRA LEONA

SÉ que el sol va y viene, inquieto, husmeándome  
entre los cañaverales.

Sé que se demora en el cenit mirando ansiosamente el valle.

El sol era nuestra leona.

Una imagen, aún de humilde imaginación verbal como ésta,  
va a la mente

y le pide que condescienda

con el poeta. Es el trato.

Esta vez no, esta vez sólo pido vuestra mirada inmediata  
y literal:

¿Quién, tan esbelto, salta de la ventana a mi tarima  
y me levanta de la nuca con sus suaves fauces

y me lleva al río

sino es el sol?

El sol era nuestra leona.

Un viento cálido me envuelve siendo aquí, en Baja Sajonia,  
invierno:

es la imagen creando su espacio en mi cuerpo enfermo,

es el sol que me husmea como a hijo falto,

allá en el norte de mi país,

donde me enseñó a caminar empujándome con el hocico.

## EL ENVÍO

UNA delgada columna de sangre desciende desde una bolsa de polietileno hasta la vena mayor de mi mano. ¿Qué otro corazón la impulsaba antes, qué otro corazón más vigoroso y espléndido que el mío, lento y trémulo? Esta sangre que me reconforta es anónima. Puede ser de cualquiera. Yo voy (o iba) para misántropo y no quiero una deuda sospechada en todos los hombres. ¿Cuál es el nombre de mi dador? A ese solo y preciso hombre le debo agradecimiento. Sin embargo, la sangre que está entrando en mi cuerpo me corrige. Habla, sin retórica, de una fraternidad más vasta. Dice que viene de parte de todos, que la reciba como un envío de la especie.

## EL ACERTIJO

TUMBADO en la cama busco el ángulo, la coincidencia,  
el montaje visual que me permita sacar los pies por la ventana.  
De este modo mis pies van a posarse en la pequeña colina de las  
amapolas.

Allí permanecen toda la tarde moviéndose acompasadamente  
como metrónomos. Los miro  
pálidos y delgados.

Recuerdo que no hace mucho entre ellos se repartía  
el instinto del vago  
que viaja intuyendo las pieles más amables de la tierra,  
arena, yerba, polvo, una y otra piedra en medio del río,  
y sin extraviarse nunca.

La colina de las amapolas oscurece, recojo mis pies.  
En el cielo empiezan las estrellas, numerosas y parpadeantes.  
La más brillante y seguramente la más sarcástica  
se acerca hasta el filo del tejado:  
«Entre nosotras hay un acertijo, un camino  
disimulado, el largo camino de regreso a tu casa,  
tienes que encontrarlo posando el pie en la estrella correcta».

En un hospital se confunden las voces propias y las flotantes.  
¿La estrella ha hablado?  
Díganle que mis pies han perdido el instinto del vago  
y que el acertijo es muy cruel.

## LA IMPUREZA

OTRA vez otra vez despiertas con el cuerpo poco, bien poco.  
Otra vez tu vida oscila en el monitor cardiaco  
pero más en tu miedo.

Ya no es la hipocondría. Ya te saltó el verdadero animalito.  
Mas no pateticos. Eres hijo de. No dramaticos.

¡Mira que tu miedo es la única impureza en este cuarto aséptico!

¿O nunca conseguiré realmente ser hijo de?

El japonés

se acabó «picado por el cáncer más bravo que las águilas»,  
sin dinero para morfina, pero con qué elegancia, escuchando  
con qué elegancia

las notas

meduradas primero y luego como mil precipitándose  
del kotó

de La Hora Radial de la Colonia Japonesa.

Y la serrana

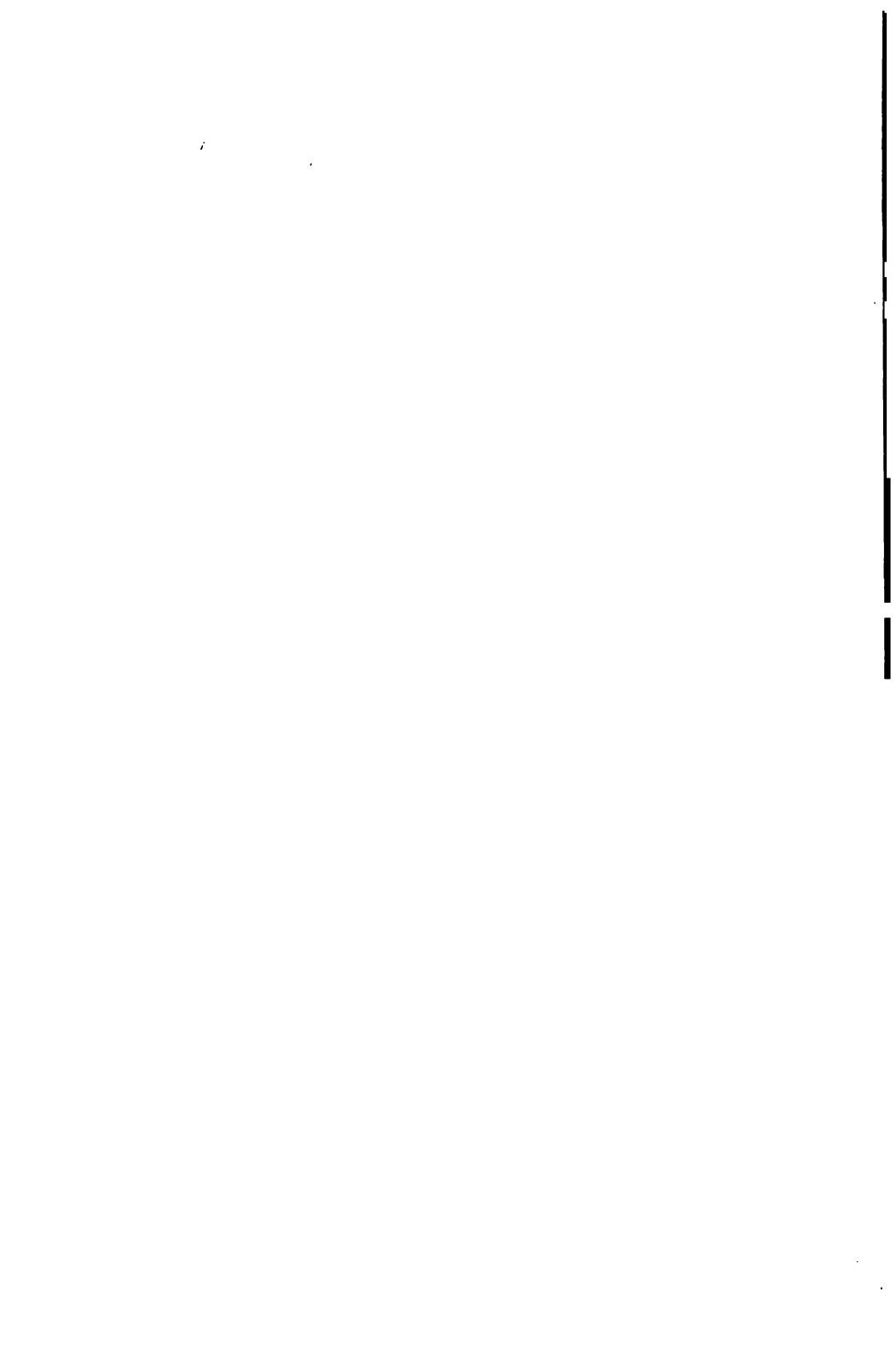
que si descubre que miran condolidamente su vejez  
protesta con el castellano castizo que se conserva de Otusco para  
adentro:

«Más arrugas hay en tus compañeros que en mi majoma, carajo!»,  
y asombrosamente sigue matando pollos, cuyes, cabritos,  
sin un gesto compasivo

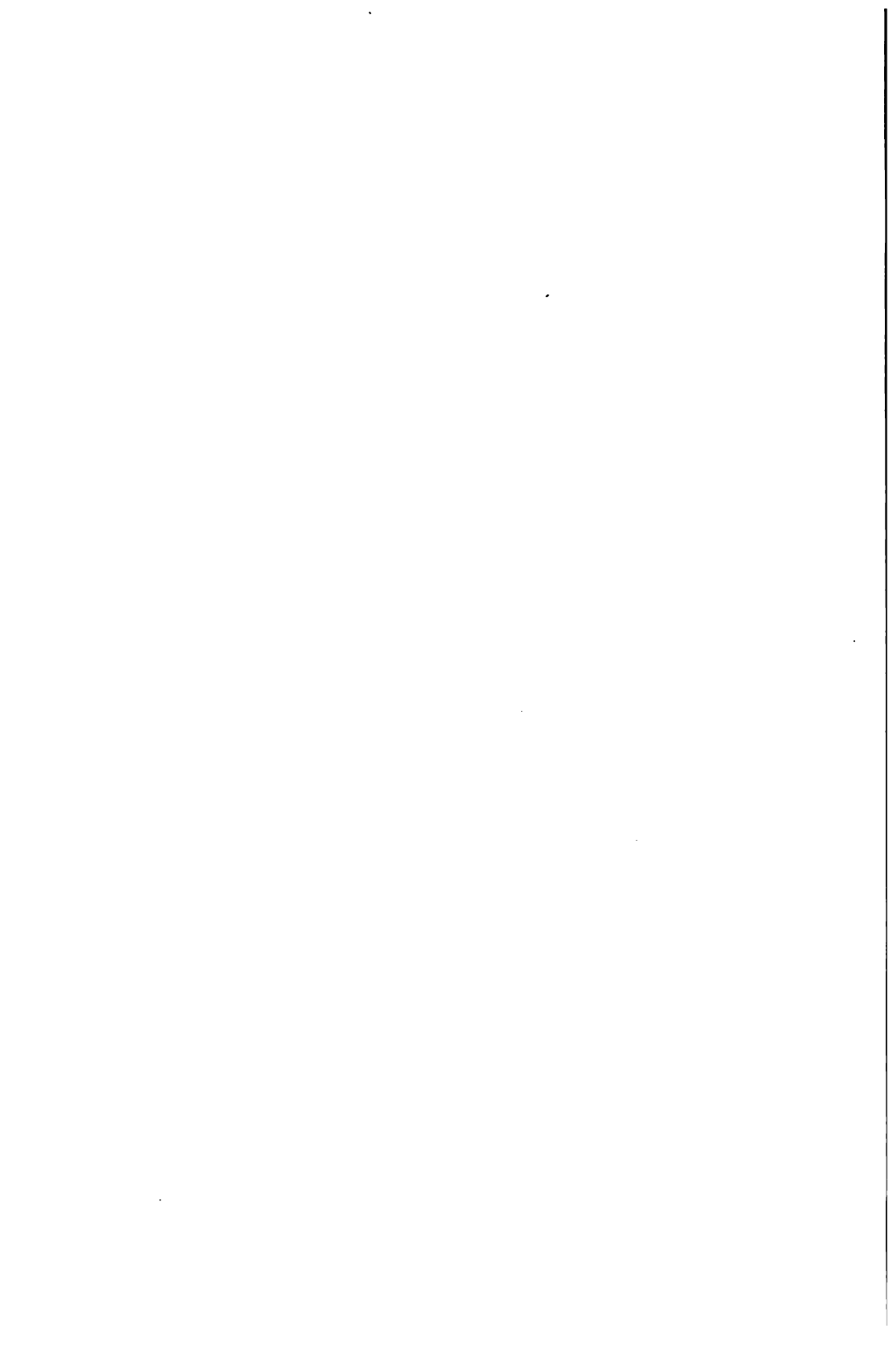
y diciendo, como si dictara la suprema lección moral:

«Deja el tiesto sobre las brasas, hijo, para que coja más temple».

Ellos no vendrán, pues, a tomar tus manos.  
Y acaso estás a punto de no ser hijo de nadie. Entonces  
el pensamiento imposible que te viene y te deja va haciéndose  
posible. Acógelo: ten miedo, ten miedo,  
y justamente con tu miedo quizá vuelvas a ser el hijo de,  
como antes, niño,  
cuando ellos todavía te abrazaban con alguna piedad.



HISTORIA NATURAL  
(1994)



## EN EL DESIERTO DE OLMOS

**E**L viejo talador de espinos para carbón de palo  
cuelga en el dintel de su cabaña  
una obstinada lámpara de querosene,  
y sobre la arena  
se extiende un semicírculo de luz hospitalaria.

Este es nuestro pequeño espacio de confianza.

Más allá de la sutil frontera, en la oscuridad,  
nos atisba la repugnante fauna que el viejo crea,  
los imposibles injertos de los seres del aire y la tierra  
y que hoy son para su propio y vivo miedo:

La imaginación trabaja sola, aun en contra.

La iguana sí es verdadera, aunque mítica. El viejo la decapita  
y la desangra sobre un cacharro indigno,  
y el perro lame la cuajarada roja como si fuera su vicio.

Rápida es olorosa  
la blanca carne de la iguana en la baqueta de asar.  
El viejo la destaza y comemos  
y el perro espera paciente los delicados huesos.

Impensadamente  
arrojo los huesos fuera de la luz  
y tras ellos el animal entra en el país nocturno y enemigo.

Desde la oscuridad aúlla estremecido  
y seguramente queriendo alcanzar  
entre la inestable arena  
con ansia  
nuestro pequeño espacio de confianza.  
Oigo entonces el reproche del viejo: deja los huesos cerca,  
el perro  
también es paisano.

## EN EL CAUCE VACÍO

EN verano,  
según ley de aguas, el río Vichanza no viene a los cañaverales.  
Los parceleros lo detienen arriba  
y lo conducen al panllevar.  
Aquí en el cauce queda fluyendo una brisa, un río  
invisible  
Camino pisando los cantos rodados enterrados en el limo  
y mirando los charcos donde sobreviven diminutos peces grises  
que muerden el reflejo de mi rostro.  
Los pequeños sorbedores de mocos ya no los atrapamos en  
botellas.  
Tampoco tejemos trampas para camarones  
y nuestro lejano bullicio se esfuma  
sin dolor.  
Supuse más dolor. En el regreso todo se convierte en zarza,  
dijo Issa.  
Pero yo camino extrañamente aliviado,  
ni herido ni culposo,  
por el cauce  
en cuyas altas paredes asoman raíces de sauces. Las muerdo  
y este sabor amargo es la única resistencia que hallo  
mientras avanzo contra la corriente.

## EL CIERVO

EL ciervo es mi sueño más recurrente.

Siendo animal de manada aparece mirándome con alzada  
y orgullo

de hombre solo.

A media distancia pasta en un espacio pequeño, y alrededor  
todo petrificado, ningún cuerpo

de carne

que se le compare.

El ciervo se mueve como articulado por fuertes elásticos  
internos

que convergen en un poderoso órgano desconocido y central.

De allí su caminar gracioso

que disimula su enorme fuerza  
elástica, su potencial  
de vuelo.

Imaginemos la eventualidad de un cazador y de un certero  
disparo,

ya el ciervo está desarrollando su instantáneo salto  
en el cielo.

La jauría sólo llegará a su primera sangre, a la sorprendida,  
y luego no lamerá

ninguna

porque en el ascenso

el ciervo curará su herida

con simple  
saliva.

Y aterrizado y salvo aparecerá otra noche en mi sueño  
de hipocondríaco.

Mi miedo volverá a cubrirlo de atributos  
de inmortal. Y así mirándolo

yo mismo me miro

pero sólo en mi sueño

porque la voz de mi vigilia no entra allí, y el ciervo

nunca oye

mi cólera:

No eres de vuelo y morirás en el suelo mordido  
por los perros!

## LA ORUGA

TE he visto ondulando bajo las cucardas, penosamente,  
trabajosamente,  
pero sé que mañana serás del aire.

Hace mucho supe que no eras un animal terminado  
y como entonces  
arrodillado y trémulo  
te pregunto:  
¿sabes que mañana serás del aire?  
¿te han advertido que esas dos molestias aún invisibles  
serán tus alas?  
¿te han dicho cuánto duelen al abrirse  
o sólo sentirás de pronto una levedad, una turbación  
y un infinito escalofrío subiéndote desde el culo?

Tú ignoras el gran prestigio que tienen los seres del aire  
y tal vez mirándote las alas no te reconocas  
y quieras renunciar,  
pero ya no: debes ir al aire y no con nosotros.

Mañana miraré sobre las cucardas, o más arriba.  
Haz que te vea, quiero saber si es muy doloroso el aligerarse para  
volar.  
Hazme saber  
si acaso es mejor no despegar nunca la barriga de la tierra.

## LAS RODILLAS

LOS potrillos abreven. Sorben agua y enseguida alzan el cuello  
y respiran la luz.

En este sereno ramal del río Moche la luz es respirable.

Los caballos

ya saciados

van a frotarse los flancos contra la corteza de los pinos,  
placer que les sacude graciosamente las jetas.

Arriba hay dura grava,

pero los caballos y yo descansamos en la yerba que se tiende  
y crea la pequeña pradera

por donde transcurre el agua y donde la luz  
danza.

Este ramal fue abierto por los chimús,

pero en el siglo XVII fue sepultado por una rodante pedrea  
de terremoto.

Los huanchaqueros dicen que su Deán, Don Antonio de Saavedra,  
al ver los sembríos muertos,

se arrodilló delante del agua represada

y así avanzó, rompiendo las piedras con sus rodillas, y el agua  
como perro

lo seguía.

Y yo miro mis rodillas, la unión de mis huesos

más duros, y la luz

las abrillanta, les miente poder, las decanta

riscosas

como el vestigio  
del cuerpo consistente que nunca tuve, ese cuerpo  
no quebradizo  
que sueño para mi vulnerable blandura.  
Nunca fui de materia más consistente. Y el sueño  
es tan compasivo como inútil.

En una urna de la iglesia de Huanchaco  
está el esqueleto del Deán de Saavedra. Estoy seguro  
que sus sagradas rodillas  
también se dispersarían como polvo en esta luz.

## EL GATO

ESTOY esperando la vuelta del gato desconocido  
que cruzó el alféizar de mi ventana.  
El alféizar corre a lo largo de varias ventanas. No tiene  
otro camino. Volverá  
y esta vez mi imagen le será más cordial.

Pasó arrogante como un bello inmortal. Los gatos ignoran  
la contingencia de los torpes,  
tropezar y caer.

Miden tan bien sus pasos cuando cazan o fugan, y nunca  
nunca cara de extraviados. Así nos infunden en la mente  
su propio mito.

Y los mininos de viejas no los contradicen  
porque gato es gato, dignísima fiera cuando la vieja duerme.

Los gatos son peligrosos para la poesía, pronto  
acumulan adjetivos, mucho provocan, mucho seducen.  
Por eso no espero limpiamente la vuelta del gato,  
la mucha belleza me hace siempre perverso. Y digo:  
está caído en la vereda, inmóvil, dirigiendo  
hacia mi altísima ventana  
su última y fosforescente mirada.

## LA CURA

EL cascarón liso del huevo  
sostenido en el cuenco de la mano materna  
resbalada por el cuerpo del hijo, allá en el norte.

Eso vi:

Una mujer más elemental que tú  
espantando a la muerte con ritos caseros, cantando  
con un huevo en la mano, sacerdotisa  
más modesta no he visto.

Yo la miraba desgranar sobre su regazo  
los maíces de la comida  
mientras el perro callejero se disolvía en el relente del sol  
lamiendo  
el dolor arrojado a la tierra  
junto con el huevo del milagro.

Así era. La vida pasaba sin aspavientos  
entre gente parca, padre y madre  
que me preguntaban por mi alivio. El único valor  
era vivir.

Las nubes pasaban por la claraboya  
y las gallinas alineaban en su vientre sus santas ovas  
y mi madre esperaba nuevamente el más fresco huevo  
con un convencimiento:

La vida es física.

Y con ese convencimiento frotaba el huevo contra mi cuerpo  
y así podía vencer.

En ese mundo quieto y seguro fui curado para siempre.  
En mí se harán todos los milagros. Eso vi,  
qué no habré visto.

## EL ESQUELETO

UN hueso y otro hueso, los innumerables,  
están unidos por el delgado alambre que atraviesa  
el canal donde estuvo el tuétano.

Y así cuelga

y yo sólo puedo confirmar que cuelga solamente.  
No puedo atribuirle desgano, indiferencia o desdén.

Él ya está libre de esos ánimos nuestros. La carne  
ya los ha pagado.

Mi amigo lo compró para su didáctica de médico  
y es irrespetuoso con él  
por miedo.

Yo lo zarandeo amistosamente  
al pasar

y mi gesto tampoco lo ofende, sólo se balancea,  
y debiera oírse una alegría,  
como la dulce y múltiple algazara  
del móvil o quitasueño del niño de mi amigo.

Mas nada suena  
y de súbito

se propicia otro niño:

Dormita enfermo en una cueva abierta hacia la noche  
y no oye la algazara

sino el ruido insoportable de sonajas óseas  
y la advertencia

del curandero que grita borracho y aterrado:

**Despierta y pelea, muchachito, la puta  
de los huesos  
ya viene!**

## LA BICICLETA

EL monociclo es del chimpancé para sus gracias de circo  
y el monstruoso tándem de los matrimonios bien coordinados.  
Yo sólo quería una bicicleta de paseo, lenta, meditativa.  
No una bicicleta de competencia:

    Mi modo es más pausado, es necesario tiempo  
para las cortesías de paso.

Nunca tuve esa bicicleta, pero me apena ahora  
verla desmembrada en este sucio taller.

El viejo reparador me observa tocar lentamente cada pieza:

Bellas ruedas

radioladas

que bien existen solas aunque no sirvan para nada,

el cuerpo central perfecto como un ideograma,

el timón como astas de un animal que se ha expuesto mucho

    al viento en contra

y la montura como amable palma que levanta

y aún sus negras cámaras

colgando viscerales, el rasgo repulsivo de su belleza.

Nunca tuve esa bicicleta y eso explica

que hasta hoy no haya elaborado una filosofía

más allá de los nerviosos animales que he cabalgado,

    y siempre serán el burro, el perro y el chivo.

## A LA NOCHE

TIENDO a la noche.

La noche profunda es silenciosa y robusta  
como una madre de faldón amplio.

Los que conocieron a doña Paula sabrán que la metáfora es  
inmejorable

Un psicoanalista me ha explicado en su jerga  
que tiendo a la noche porque facilita la vuelta  
de mi yo primario.

Y ese yo es el niño que imagino ovillado  
y en formol

que a veces despierta y me ordena que me acurruque en la cama  
vacía

y me obliga al goce de ese vergonzoso encogimiento.

Yo siempre supongo un lector duro y severo, desconfiado  
de las muchas astucias

de los pobrecitos poetas.

Por él me levanto y me rehago hasta tocar el cielo oscuro  
y la noche empieza a transcurrir como solar.

Pero el benigno mal de la vigilia hace áspero mi rostro  
y lo desencaja levemente.

Entonces digo que agua helada me vendría bien.

Voy a la cocina.

En la canastilla de mimbre hay papas amontonadas:

    Tienen lejanos relieves faciales  
y están velando en la penumbra  
    con sus ojillos hundidos  
    y sucios de tierra.

Míralas conmigo, incompasivo lector:

Cualquier papa soy yo, el primario,  
    acaso nonato, y quién sabe si ya picado.

## A LOS '70s

MIRO las gotas que la humedad condensa lentamente  
en el vidrio de mi ventana.

Detrás de las gotas pasa un muchacho con un James Dean  
en la camiseta.

James Dean, el mismo, el que nos decía

*live soon, death soon*

(apenas sabíamos inglés pero lo entendíamos demasiado bien)

Mi ciudad era rápida, cada día más rápida,  
tenía veredas como fajas continuas,

pero nosotros éramos más veloces.

Qué iba a estar quieto mirando gotas en el vidrio de una ventana,  
qué iba a estar tan cómodamente  
de este lado

donde el calor de mi habitación me permite actos ociosos,  
el índice

adelantándose

al camino de una y otra gota que se funden y resbalan.

Prevenir el camino parece posible, veo, casi toco  
las gotas,

pero el dedo nunca acierta: El agua está del otro lado.

## A TUS OREJAS

TUS orejas eran mi único y suficiente auditorio  
cuando estaban a ambos lados de tu atentísima cabeza.  
Pero anoche no vi tu cabeza, sólo tus orejas  
como dos mariposas, dos caracoles, dos ranitas estrujadas.  
No debería usar símiles para hablar de tus orejas  
porque vinieron a mi sueño solamente orejas como tales,  
desnudas,  
como propiamente.

Mas el inconforme lenguaje prefiere nombrarlas  
con figuras, con efímeros  
prodigios.  
Pero estos pequeños prodigios nunca cautivaron tus blancas orejas  
sino los que reverencia la antropología, el folklore  
y seguramente el miedo,  
historias de asombro, mitos del pendejo pueblo mío.  
Cuéntame, decías,  
y a tu pedido la memoria popular era para el introito.  
Y si más prodigiosa la historia, de más lejos era yo.  
Amabas al recóndito  
aunque con el estimulante recelo de tus ojos  
y de tu cuerpo que lentamente se rendía  
para que —como quieren los Amarus— lo de abajo esté arriba.

## LA ARDILLA

UNA ardilla cumplida, diaria, viene a mi balcón.  
Recoge nerviosamente el pan que le dejo y huye al bosque.  
Su huida es como guiada  
por otra ardilla que sale de sí misma y la antecede  
un segundo  
siempre,  
y aún detrás de ella va dejando otra, un ágil trazo  
que se desvanece milagrosamente en el aire ordinario.  
Así la ardilla va como un curioso juego óptico de veloces figuras  
que nunca encajan.  
Es como la vibración de alguien que corre detrás de una verja.

Este fue un ejercicio muy subjetivo de descripción  
que escribí antes de la cirugía en un hospital de Hannover.  
Quedó inconcluso  
porque no supe conducir con claridad su sentido.  
Tal vez quise hablar de los animales de vida vibrátil  
y también capaces de ser de quietud  
como la ardilla que se recoge en el fondo de una cueva  
e hiberna  
fetal  
casi muerta  
y el tiempo transcurre, pero no para ella.  
O acaso quise hablar de resurrecciones. Yo buscaba  
desesperadamente ese sentido. Sí,

porque cuando la ardilla vuelve trae todavía  
la incredulidad de su despertar, y cambia,  
y eventualmente  
es una mujer, el verano, cualquier contento.

## ESTE OLOR, SU OTRO

MI hermana mayor pica perejil  
con habilidad que se diría congénita,  
y el olor viaja instantáneo a fundirse  
con su otro.

Su otro está en una lejana canasta de hierbas de sazón  
que bajaba del techo, una canasta  
ahora piedra fósil

suspendida  
en el aire de nuestra cocina que se acabó.  
El perejil anunciaba a mi padre, Don Harumi,  
esperando su sopa frugal.

Gracias de este país:

Un japonés que no perdonaba  
la ausencia en la mesa de ese secreto local de cocina!  
Creo que usted adentraba ese secreto en otro más grande  
para componer la belleza de su orden casero  
que ligaba  
familia y usos y trucos de esta tierra.

Los hijos de su antiguo alrededor  
hoy somos comensales solos  
y diezmos  
y comemos la cena del Día de los Difuntos  
esparciendo  
perejil en la sopa. Ya la yerba sólo es sazón, aroma

sin poder,  
nuestras casas, Don Harumi, están caídas.



Estos son de diente, de presa. No dirán  
que tú eres nuestra más antigua dolencia.

## CASA JOVEN CON DOS MUERTOS

*(A mi madre y a mi hermano)*

LA escalera va del patio a la azotea y en el tercer peldaño  
el sol relumbra,  
el solcito de los condenados relumbra siempre  
y debidamente.

El tercer peldaño es una estación  
donde el cuerpo es leve y blanco como una pastilla  
y el pensamiento intenso. Y todo es tibio  
menos los propios huesos.

Por eso

haya invierno en todo el hemisferio, pero haya siempre el milagro  
del sol en la escalera.

Las almitas sentadas allí descansaban como al borde de un abismo  
y a veces nos miraban como si nosotros fuéramos el abismo.

Mi casa es joven para tener un frondoso y primaveral limonero:

Del limonero viene ahora el haiku del poeta Moritake:

*Cae un pétalo de la flor  
y de nuevo sube a la rama  
Ah, es una mariposa.*

Una equivocación bella y hórrida  
cuando sobrevuelan el patio dos mariposas pálidas.

## INTERIOR DE HOSPITAL

CÓMO envidiamos el largo cuello  
de las garzas que se posan en la cumbra.  
Ellas pueden doblar el cuello y dormir sobre la música  
de sus corazones.  
Nuestros latidos están en la línea verde del monitor cardiaco  
y son el ansia que miramos.

Las garzas pueden alzar el cuello como periscopios  
cuando sienten el paso de otro nivel de aire. Y ya verán  
si lo viajan o lo dejan seguir al Báltico helado.  
Ah, si nosotros, pájaros de camión blanco,  
pudiéramos estirar el cuello  
por encima de esta lenta y dolorosa danza...!  
Aquí la realidad se presenta como un sutil cambio de niveles,  
pero me falta atrevimiento  
para asomar mi cabeza a un conocimiento definitivo:  
Sólo ignoro y respiro.  
A veces siento el paso de una realidad primera y prodigiosa  
y me encojo  
para que no se lleve mi cabeza, o la sección.

En Berlín una cabeza volando es cosa indiferente.  
En mi pueblo es un mito peligroso.

## LA GALLINA CIEGA (GOYA)

MUEVES el pie en el gozne del tobillo  
                  como llevan la música los tímidos, y luego  
llamado  
entras a jugar sin mucha intención a la gallina ciega.  
Y así errático, así torpe  
oyes las voces de los corrillos, imaginas  
la cadencia plúmbea de los potitos en pera.  
Las voces son muy verbales, pero entre ellas debes recoger una  
que te releve.  
Esta casa no es tu demagógica y polvorienta plazuela  
donde rápidamente cambiabas tu rol  
con otro chiquillo humilde  
                  que no ha venido.  
Estas que oyes son tus nuevas voces. Pudieron ser  
para tu previsible resentimiento, pero no.  
El agnóstico que te confía su deseo de creer en Dios,  
la descasada que parece vulnerable como chivita en pampa,  
el ortodoxo y el que reconsidera las cosas, todos  
son honestos  
a su manera.  
No son para tu resentimiento, pero tampoco para tu entusiasmo.  
Continúa con ese ánimo. Así  
siempre podrás, como otras veces, dejar la ronda,  
siempre podrás hacerles con los dedos una figura obscena  
y largarte.

## EL GRITO (EDVARD MUNCH)

BAJO el puente de Chosica el río se embalsa  
y es de sangre,  
    pero la sangre no me es creída.  
Los poetas hablan en lengua figurada, dicen.  
Y yo porffo: No es el reflejo del cielo crepuscular, bermejo,  
    en el agua que hace de espejo.

Oyen el grito de la mujer  
que contemplaba el río desde la baranda  
    pensando en las alegorías de Heráclito y Manrique  
y que de pronto vio la sangre al natural fluyendo?  
Ella es mujer verdadera. Por su flacura  
no la sospechen metafísica.  
Su flacura se debe a la fisiología de su grito:  
Recoge sus carnes en su boca  
    y en el grito  
        las consume.  
El viento del atardecer quiere arrancarle la cabeza,  
miren cómo la defiende, cómo la sujeta  
    con sus manos  
        a sus hombros: Un gesto  
finalmente optimista en su desesperación.  
Viene gritando, gritando, desbordada gritando.  
Ella no está restringida a la lengua figurada:  
    Hay matarifes

y no cielos bermejos, grita.  
Yo escribo y mi estilo es mi represión. En el horror  
sólo me permito este poema silencioso.

## DE LA POESÍA

EL niño entró en la sombra de su árbol de extramuros  
donde dejaba diariamente sus quehaceres de intestino.

Y si otro niño en árbol vecino se acucillaba  
y se aliviaba

brotaba entre ambos  
la honrosa complicidad en la depuración  
del buen animal.

Esta vez, sin embargo,  
una visión suspende al niño, lo fija  
con estupor

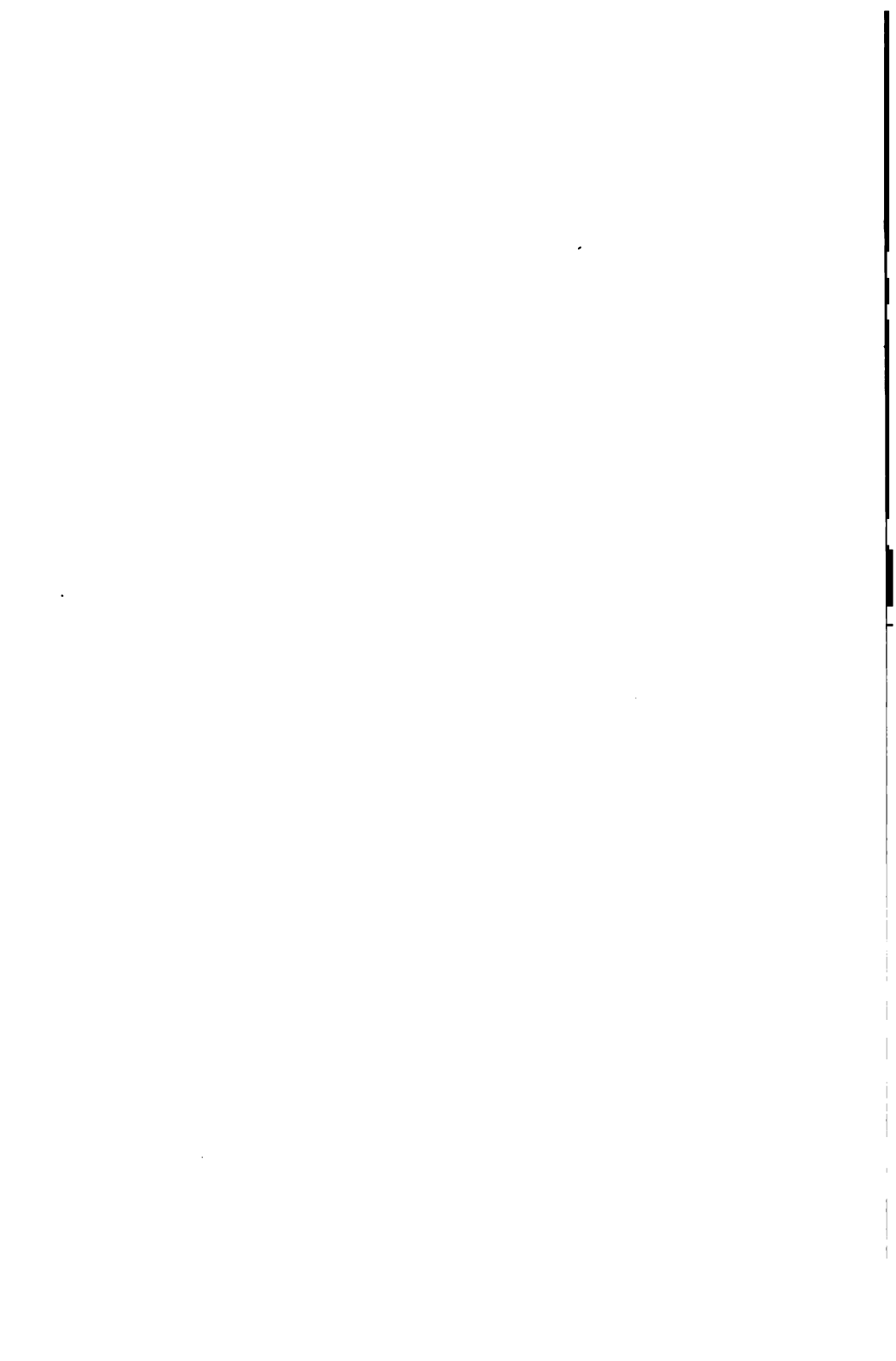
bajo su árbol:  
En medio de una anterior limpieza  
crecía  
una incipiente y trémula plantita.

Y lo estremeció la imaginación del viaje  
de la pequeña menestra  
a lo largo de su cuerpo, su recorrido indemne,  
incontaminado

y defendiendo  
en su íntimo y delicado centro  
el embrión vivo.

Y en la memoria del niño,  
con difícil contento,  
comenzó a elevarse para siempre  
la planta mínima, tu principio, tu verde banderita,  
poesía.

**COSAS DEL CUERPO**  
**(1999)**



## EL LENGUADO

S  
OY

lo gris contra lo gris. Mi vida  
depende de copiar incansablemente  
el color de la arena,

    pero ese truco sutil  
que me permite comer y burlar enemigos  
me ha deformado. He perdido la simetría  
de los animales bellos, mis ojos  
y mis narices  
han virado hacia un mismo lado del rostro. Soy  
un pequeño monstruo invisible

    tendido siempre sobre el lecho del mar.  
Las breves anchovetas que pasan a mi lado  
creen que las devora  
una agitación de arena  
y los grandes depredadores me rozan sin percibir  
mi miedo. El miedo circulará siempre en mi cuerpo  
como otra sangre. Mi cuerpo no es mucho. Soy  
una palada de órganos enterrados en la arena  
y los bordes imperceptibles de mi carne  
no están muy lejos.

A veces sueño que me expando  
y ondulo como una llanura, sereno y sin miedo, y más grande  
que los más grandes. Yo soy entonces  
toda la arena, todo el vasto fondo marino.

## RESTAURANTE VEGETARIANO

A los vegetales se entra  
con hambre de animal longevo y apacible, y lentamente  
se acaba  
la lechuga.

A la carne se va distinto, se ingresa a ella  
con ansia orgánica, casi disputándola  
como si fuera carne  
del día de la resurrección, y se acaba  
el bife.

Recuerdas:  
para que tú vivieras  
tu familia depredaba la tierra para ti,  
pollos patos reses cuyes cabritos carne  
para convalecer y durar.

El alimento en la boca te relaciona  
con el mundo. Hay días de felino  
y días de paquidermo. Hoy sean bienvenidas  
las benéficas ensaladas, la suave soya y las frutas  
aunque tarde:  
ya cincuenta años que comes carne  
y estás eructando miedo.

Pero hay días que no tienes carnes ni vegetales  
sino arena en la lengua. Te explicas: tal vez has comido  
una sequedad inicial, insidiosa, de pecho, y nunca  
se acaba, el desierto  
nunca se acaba.

## NUESTRA REINA

BLANCO tu uniforme y qué rosada  
tu piel.

Entonces tus vísceras deben ser azules, doctora.

Eres nuestra reina.

Los enfermos estiramos las manos atribuladas  
hacia ti, en triste cortejo.

Queremos tocarte cuando cruzas los pasillos  
altiva,

docta, saludable, oh sí, saludable,

con tus vísceras azules.

Imaginamos a los doctores a salvo de nuestros males,  
pero si el conocimiento no te exime  
y también te mueres, serías una bella  
muerta. Tienes

nariz alta, boca

que cierra bien, que se sella,

párpados tersos, largo cuerpo para ser tendido  
voluptuoso

sobre una mesa de hierba.

También así serías nuestra reina  
y seguiríamos estirando las manos

ya tranquilas y con flores

hacia ti, nuestra última señal de gozo.

## ANIMAL DE INVIERNO

**O**TRA vez es tiempo de ir a la montaña  
a buscar una cueva para hibernar.

Voy sin mentirme: la montaña no es madre, sus cuevas  
son como huevos vacíos donde recojo mi carne  
y olvido.

Nuevamente veré en las faldas del macizo  
vetas minerales como nervios petrificados, tal vez  
en tiempos remotos fueron recorridos  
por escalofríos de criatura viva.

Hoy, después de millones de años, la montaña  
está fuera del tiempo, y no sabe  
cómo es nuestra vida  
ni cómo acaba.

Allí está, hermosa e inocente entre la neblina, y yo entro  
en su perfecta indiferencia  
y me ovillo entregado a la idea de ser de otra sustancia.

He venido por enésima vez a fingir mi resurrección.  
En este mundo pétreo  
nadie se alegrará con mi despertar. Estaré yo solo  
y me tocaré  
y si mi cuerpo sigue siendo la parte blanda de la montaña  
sabré  
que aún no soy la montaña.

## MI CASA

MI vecino  
estira su casa como un tejido que le ajusta.

No debería burlarme,  
si yo mismo vivo inmensamente pegado a mi casa, tanto  
que a veces las paredes tienen manchas  
de mi sangre o mi grasa.

Sí, mi casa es biológica. En el aire  
hay un latido suave, un pulso que con los años se ha concertado  
con el mío.

Mi casa es membranosa y viva, pero no es asunto  
uterino. Estoy hablando del lugar de mi cuerpo  
que he construido, como el pájaro aquel,  
con baba  
y donde espacio y función intercambian  
carne.

Afuera soy, como todos, del trabajo y la economía, aquí  
de mi cuerpo desnudo  
y, a veces, de una mujer  
que se aviene a ser, como yo, otro órgano dentro de este  
pulposo  
tercer  
piso.

## CIELO DE HOSPITAL

*santa  
vaciada*

BLANCA VARELA

MI útero de humo  
sale por la chimenea y se disuelve como nimbo  
en este cielo que nunca tiene violencias.  
Una violencia de cielo me hubiera consolado más.

Una enfermera cruza el jardín, ninguna  
flor anuncia mi dolor. El dolor sólo está  
en los confines de la carne que aún me resta.

Mi útero  
debió irse como un globo festivo  
lleno de novios y nonatos. Él me convertía  
en un animal muy bello  
cuando urdía otro cuerpo.  
Debió irse entonces  
como un odre de dioses, ebrio y feliz, no víscera  
de triste mamífero  
en la bandeja de cirugía, no huevo  
de la amargura.

La muerte se me acunó como hijo  
y ahora también es humo de crematorio.  
La cólera  
o el ansia de belleza que impulsa a los árboles  
a restituir la rama podada, está conmigo. Todo será

restablecido.

Voy a formar

una matriz nueva, un cuenco hondo como dos manos juntas,  
no para fruto, no importa si huera

pero ahí.

## EL BAÑO

MIENTRAS el agua cae  
sobre tu cuerpo  
yo pienso  
que de todos los cuerpos del mundo  
tú posees el más preciso.  
Tienes algo de intercambiable  
conmigo, algunos órganos secretos,  
los más saludables y hermosos,  
o el sabor  
o la mirada.

Ayer  
me acerqué por tus espaldas  
y deslicé mis manos  
bajo tus axilas  
hasta tocar tus senos. De pronto  
sentí  
el temblor de una restitución:  
si yo hubiera tenido tetas  
serían como las tuyas.

## LOS TABLISTAS

MIRÁNDOLOS

una alegría reemplaza a mi antigua ojeriza.

Ya no los envidio, muchachos,

porque ahora

traer mis huesos y tumbarlos en la orilla caliente

es bastante.

Ustedes sigan equilibrando contentos

en la cima

de la ola que revienta, repitiendo

el escarceo primitivo: vienen

a la playa

y vuelven al océano porque todavía no es tiempo

de ser animales de la tierra.

Más tarde, ya noche,

se irán por las autopistas

con el cuerpo reciente, siempre reciente, la tabla

en la parrilla de los autos, en su funda o envuelta

en trapos

como un muerto que encontraron tumbado

en la orilla caliente.

## EL OJO

LA primera operación de tu insomnio  
es un juego de los tiempos: te revisas  
y confirmas  
que ni tus manos ni tus pies  
se han desprendido como colas de lagartija.  
Todo tu cuerpo sigue amarrado dentro de tu piel.

La otra operación de tu insomnio  
no te es accesible. Es del ojo  
interior  
que navega dentro de tu carne. Es del ojo  
que te recorre  
y observa cada uno de tus órganos  
y se guarda el secreto.

El ojo ha nacido contigo  
para fisgar tu lento desastre, ninguna otra cosa  
sabe de ti, ignora si vives en esta ciudad  
o en otra, no conoce el papel donde escribes  
sobre su perversidad  
y tal vez no conoce la perversidad. Él sólo sabe  
de tu adentro.

Pronto se acabará esta noche con su estrella compasiva  
en la ventana

y tampoco hoy sabrás  
si el ojo que viaja por tus confines  
es el ojo de Dios que observa maravillado  
a cada órgano  
haciendo incansablemente y todavía lo suyo  
o si es el indiferente pero acucioso ojo de la nada.

DESAGRAVIO (i.m.)

POR un flanco débil  
y breve,  
entre su seno y su axila,  
mi madre era tierna.

Qué olor tan profundo, basal y glandular.  
Su ternura  
tenía intensa biología.

¿Por qué le exigías más,  
ojo con lágrimas?

## LAS MALAGUAS

EL barco enrumbó hacia el mar abierto  
y apartó las malaguas que habían amanecido en la bahía.  
Yo iba como un mascarón sin gracia  
pechando la llanura vacía  
y como los espinos solos en los interminables desiertos  
mi cuerpo empezó a definirse mejor: una intrusión,  
un empaque  
en el aire.  
Abajo las malaguas flotaban como existencias más perfectas:  
casi agua  
sobre agua.  
Nosotros tenemos mucha presencia que tarda  
demasiado  
en desaparecer. Hay huesos, pelos, uñas, carnes,  
zapatos y libros.  
Las malaguas van más ligeras, cuerpos simples,  
transparentes y sinceros  
que la marea vara en la orilla. Yo las recuerdo  
no sé si muertas  
en la playa de mi infancia  
junto a bañistas que huían de su viva urticaria.  
Nadie veía cómo,  
igual que cualquier gelatina, se disolvían bajo el sol  
y regresaban al mar  
con la ola que a mí me amenazaba.

## EL MAESTRO DE KUNG FU

UN cuerpo viejo pero trabajado para la pelea  
madruga y danza  
frente a los arenales de Barranco.  
Se mueve como dibujando  
una rúbrica antigua, con esa gracia, y  
sin embargo, está hiriendo, buscando el punto  
de muerte de su enemigo, el aire no, un invisible  
de mil años.  
Su enemigo ataca con movimientos de animales  
agresivos  
y el maestro los replica  
en su carne: tigre, águila o serpiente van sucediéndose  
en la infinita coreografía  
de evitamientos y desplantes.  
Ninguno vence nunca, ni él ni él,  
y mañana volverán a enfrentarse.  
—Usted ha supuesto que yo creo a mi adversario  
cuando danzo— me dice el maestro.  
Y niega, muy chino, y sólo dice: él me hace danzar a mí.



y así sobrevive,  
convidándote placer.

Antes de tu sueño  
viene siempre un ángel plumado y casto  
que peina tu piel y censura  
a nuestra ranita.

Es que nadie la comprende.

Sólo, yo.

## LOS RÍOS

*Estos son mis ríos.*  
GIUSEPPE UNGARETTI

MI hermana viene por el pasillo del hospital  
con sus zapatos resonantes, viejos, peruanos.

De pronto  
alguien hace funcionar el inodoro, y es el río Vichanzao  
terroso  
corriendo entre las piedras.

Ah, las heces  
curiosidad primera de los médicos. Si fueron impecables  
habrá curación para ese alguien.

¿Habrá curación para mí, hermana?  
Si comes tu kraft-bruhe, tal vez. Los corderos alemanes  
son como los alemanes: optimistas, y corren  
blancos  
por los campos verdes. Come.

Y mi graciosa hermana abre el caño  
y lava el plato, y esta vez es el Moche, cristalino  
y benéfico,  
entrando por las heridas de mis costados  
abiertas como dos branquias.

Rico ser pez entonces: una sensualidad que me permite  
este dolor.

## REGRESANDO AL PERÚ EN BARCO

### SUPREMAS

inmensidades del mar y del cielo, mírenme,  
yo soy el que va a su patria,  
el que lame la sal que se cristaliza  
en las barandas del barco, el que  
apoya su peso  
en una pierna y otra  
para compensar el bamboleo de la nave y así mantener  
la línea del horizonte y la línea del corazón.

Hace días que estoy hipnótico en el centro  
del Atlántico. La única referencia  
para saber que avanzo  
es mi propio pasado: está ahora delante  
como un tigre que me dio una tregua.

He dejado atrás varios días eternos  
y una cáscara de naranja  
flotando  
en el Mediterráneo. La cáscara parece  
gracia o ingenio  
de la poesía, y en verdad es  
algo aterrador cuando cae sobre esos mis días  
y las aguas:  
es un documento humano, lo mismo  
que mi brazo o mi zapato.

Y otra vez voceo:  
yo soy el que voy, y salto  
para que las inmensidades  
me vean. Mírenme  
trayendo en mis brazos mi propio cuerpo  
para entregarlo a sus dueñas, mi madre  
y mi esposa  
    que me esperan  
sabiendo  
que nada puede cambiar: ir y volver, un giro  
dentro de la misma fuente de salmuera.

    Allá en las costas amarillas  
de mi país  
coma mi carne cualquiera de ellas.

## EN EL OJO DE AGUA

ERA

un ojo de agua, una lagunilla  
de donde bebíamos  
gentes y caballos. La luz  
no entraba en el agua, la oscuridad que venía del fondo  
era más poderosa. Los niños  
nos acucillábamos en su borde redondo  
y esperábamos  
los pobres envíos de lo insondable.  
En sus orillas había una respiración, la cadencia  
de un animal muy remoto, un dios mudo  
que desde su profundo lecho  
mantenía la vida de todos nosotros.  
Del fondo afloraban restos de algas, insectos abisales  
que nadie podía cazar, pajitas, líquenes  
pero todo era indescifrable.  
En realidad no esperábamos nada, sólo el placer  
de estar en el borde, no sabiendo nada claro, imprecisos  
y un poquito idiotas.

A los cincuenta años  
ya sabes que ningún dios te va a hablar claramente.  
En el viejo ojo de agua  
esta vez tampoco hay imágenes definitivas.  
Aquí abandona tu arrogante lucidez  
y bebe.

## LA VUELTA

EL muchacho de la escuela veinticuatro  
cero  
cuatro  
escribe poemas. Vengan a celebrarlo  
bajo la ramada de la pasionaria cuyos frutos cuelgan  
como plenitudes de este verano.

La silla de junco para el poeta. Siéntate sin perturbar al perro  
que hace veinte años duerme  
bajo el sol que otra vez es un regocijo.

El corazón, en la vuelta, es un péndulo azorado  
que va de este patio áspero al suave pueblo de tu memoria.

Bebes y escuchas:  
ojalá te den el premio Nobel, hermanito,  
cuando todavía puedas hacer el amor. A propósito,  
¿la poesía te da privilegios  
de himeneo? El resto es literatura. ¿También son rubios  
los coños  
que sueñan eternamente nuestros dedos oscuros?

De pronto el perro gime en su sueño. Sin despertar  
persigue con angustia su cola greñuda  
como si fuera un dorado vellocino.

Tú, poeta, quieres consolarlo, calmar sus giros,  
acariciar su lomo,  
pero detenemos tu mano y bajo nuestra antigua pasionaria  
te increpamos el olvido:  
    déjalo, aquí la vida es así.

## CANCIÓN

LA señorita Esther H.

en el camino solitario, excepto  
algún zorro, me pidió que no la mirara, que  
me volteara  
porque iba a rociar el mundo. Yo escuché entonces  
a mis espaldas  
ese sonido sibilante de sus aguas entre las piedras.

Pichi de mujer  
no es pichi de hombre, supe. Pichi de mujer  
se expande y se hace atmósfera, marejada  
concupiscente  
que ese día envolvió también al caballo, al buey que labraba,  
a mi perro colero  
y a cuanto macho que respiraba a la redonda.

La señorita Esther H. era mi maestra rural.  
Ella dilató por primera vez la nariz  
de mi corazón.

Una arbitrariedad de niño  
sospechó su reconditez como fruta de rápido zumo.  
Unas veces naranja, otras ciruela de Chile.  
En la escuela rural sabíamos poco  
pero sospechábamos mucho.

## EL GUARDIÁN DEL HIELO

Y coincidimos en el terral  
el heladero con su carretilla averiada  
y yo  
que corría tras los pájaros huidos del fuego  
de la zafra.  
También coincidió el sol.  
En esa situación cómo negarse a un favor llano:  
el heladero me pidió cuidar su efímero hielo.

Oh cuidar lo fugaz bajo el sol...

El hielo empezó a derretirse  
bajo mi sombra, tan desesperada  
como inútil.

Diluyéndose  
dibujaba seres esbeltos y primordiales  
que sólo un instante tenían firmeza  
de cristal de cuarzo  
y enseguida eran formas puras  
como de montaña o planeta  
que se devasta.

No se puede amar lo que tan rápido fuga.  
Ama rápido, me dijo el sol.  
y así aprendí, en su ardiente y perverso reino,

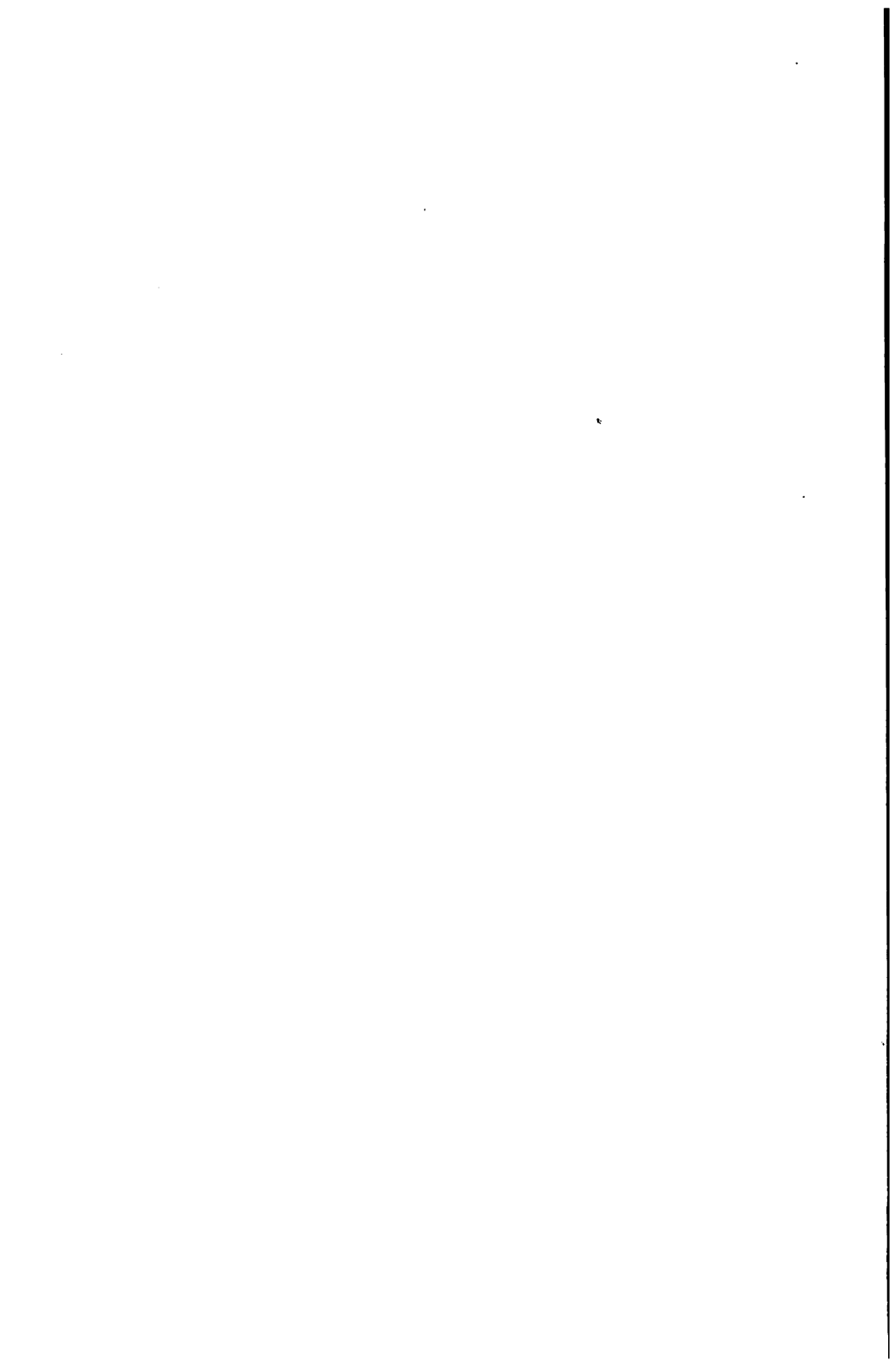
a cumplir con la vida:  
yo soy el guardián del hielo.

## LOS POETAS

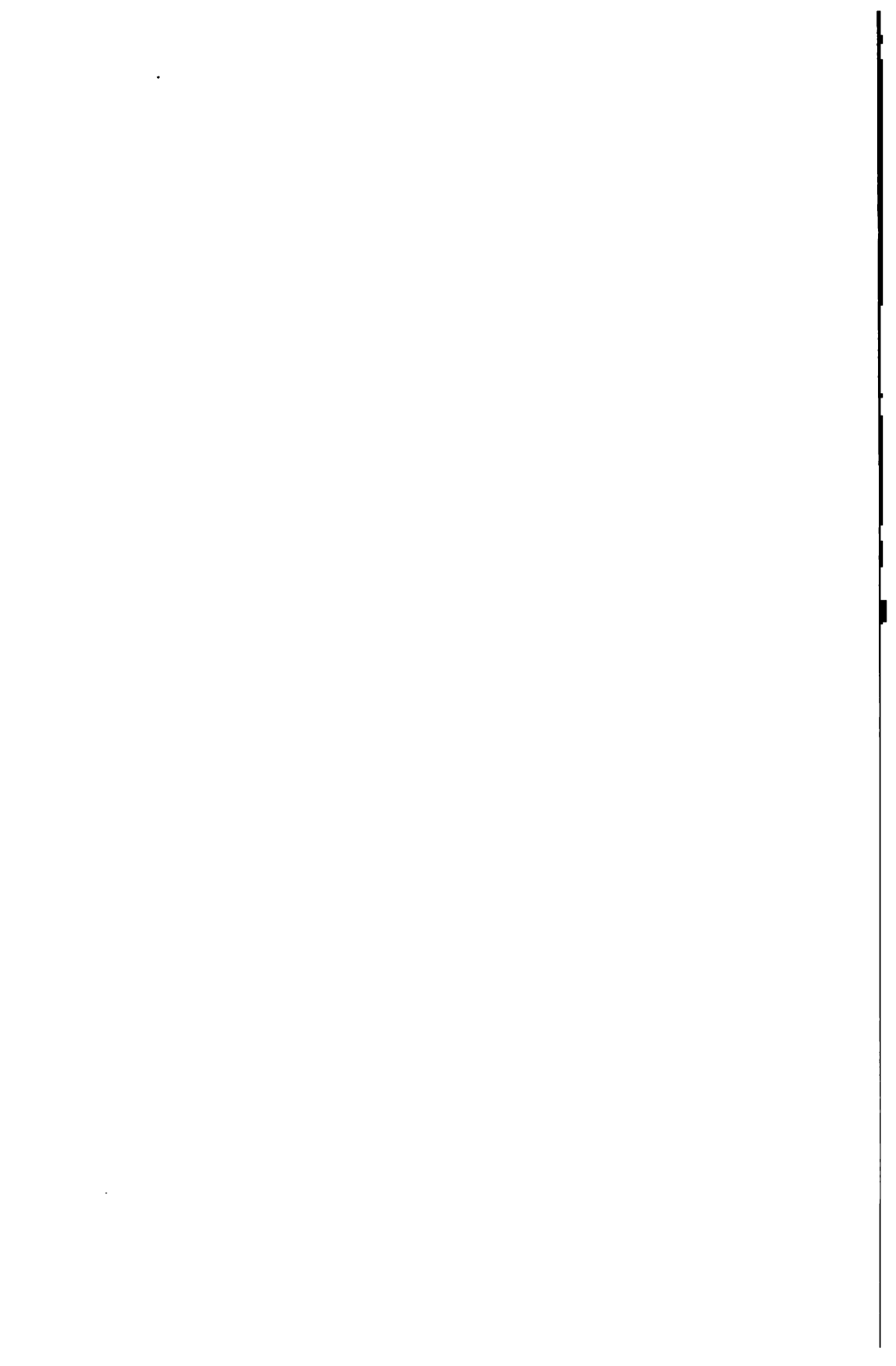
ABELARDO me ha hecho un honor,  
me ha pedido que presente su libro. Ay amigo,  
exímeme de larga opinión. Bien sabes  
que cuando un poeta honrado lee a otro honrado  
sólo le busca una palabra, una sola, la que hace sonar  
a las otras.

«*Rosebud*», dijo Kane. Una palabra así,  
como caída de un cielo. ¿Cómo hallarla entre las astucias  
de la poesía y del mucho ingenio  
que banaliza los poemas?

Yo la estoy buscando sin prisa, entre todos  
los honrados, y con un resabio de sangre en la boca  
como si estuviera masticando  
mi propia lengua.



**HABITÓ ENTRE NOSOTROS**  
**(2002)**



## LA NATIVIDAD

**E**STA es tu patria, hijo mío,  
un establo donde tu madre  
ya duerme  
de regreso a nuestra especie:  
  hasta ahora  
ella era un animal mítico: el vientre  
  avanzado  
  y habitado  
por Ti, entonces voraz nonato,  
que le consumías hasta los huesos.

Soy un hombre añoso, he visto  
todo. Sin embargo,  
me sobrecoge mirarte, mi recién nacido:  
  a pesar de las madres  
todo niño está abandonado  
sobre la vastedad de una tierra callada.

Tu madre,  
muchacha todavía sorprendida  
  por Ti, no cantó  
una canción de cuna. Mirándote  
sólo murmuró inacabablemente:  
  es espantoso esperar de Él  
  lo que esperan.

## LA TENTACIÓN EN EL DESIERTO

LOS pastores de cabras  
que cruzan el desierto  
siguiendo largos caminos invisibles  
te miran compasivos. Adivinan  
que en tu quietud, recostado en la roca,  
mientras ninguna hora avanza,  
desmoronas igual que el sol a las piedras  
las palabras del mal.

Cuando regresen de sus valles de pastura  
(en la aridez  
sonará como agua la alegría  
de los cencerros) ya no estarás. Solo hallarán  
en la roca  
la huella de tu espalda,  
negra,  
como si hubieras ardido.

## EL DESCANSO DE LA FUENTE

SAMARIA, tierra poco amiga, mfralo  
sentarse junto al pozo, solo,  
derrotado por los desiertos.

Olvidado de su sed, ensimismado, observa  
los trigales sin viento,  
las ovejas dormidas  
en la colina, las inclinadas hojas  
de humildes hortalizas,  
el reflejo del agua profunda  
abrillantando su ropa. En el mediodía  
todo alcanza la limpieza de su origen,  
su tranquila plenitud.

Ha encontrado una hora única e infinita, y está  
entrado en ella. Ahora  
Él está convencido:  
su eternidad es posible.

Dale ya de beber, samaritana.

## EL ENDEMONIADO

VINO el mal y calzó perfectamente  
en mí  
como una perversa lucidez.

Mis ojos vieron cómo se desata  
el rencor  
en todas las cosas. Todo  
se tuerce  
como la boca de la gente, o se agesta  
o se va de uno. Se van  
la cuchara de mi mesa, mi mesa, mi casa,  
las calles, la ciudad, mi patria,  
y quedo yo solo  
cada día, cerca de los cerdos, abrazado  
a esta piedra / que no ama.

Por eso lloro y me revuelco ante Ti. Dame  
de tu infinito aire de salud.

Cúrame,  
pero no totalmente,  
déjame un pelo del demonio en la mirada:  
el mundo  
merece sospecha  
siempre.

## LA ADÚLTERA

LA frase, la limpia precisión de su lógica,  
detuvo el tumulto.

Ellos,  
apretando quietamente la piedra empuñada,  
obedecieron sin poder oponerse  
la orden de la frase: mirarse  
en las simas de sí mismos.

En el corro acallado  
empezó a obrarse el milagro. Dicen  
que Él realiza prodigios increíbles. Este,  
tan esencial,  
quizá sea el menos proclamado: hizo  
que aceptáramos nuestras vilezas  
con honestidad.

Por ese milagro  
no fui lapidada. Como si hubieran pasado siglos  
las piedras violentas cayeron de sus manos  
convertidas en suave arena.

## RAZÓN DE LAS PARÁBOLAS

### LA Palabra

siendo como es, divina, se pronuncia  
con lengua de hombres,  
lengua efímera pero tocada  
por una gracia: la parábola,  
aquella pequeña historia  
que guarda una serena ansia: ser de todos.

Por eso hablo así, hilando  
La Palabra en vides, en semillas de mostaza,  
en trigo  
y aun en cizañas y pedregales, cosas de la gente,  
de sus manos,  
que luego suben como un destello  
a sus límpidas mentes.

Olvidé otra ansia de la parábola:  
durar. Recordadas sean por siempre  
todas  
porque todas son una, La Palabra,  
que por ahora soy yo.

## EL SEMBRADOR

LAS semillas brillaban en mi alforja, cada grano  
parecía vivo. La misma luz  
hacia más ominosos a los cuervos que me sobrevolaban.

Me libré de ellos arrojándoles puñados de mi precioso grano.

—*Regalo inútil*—me dijo el hombre que me observaba  
apoyado en el cerco de mi campo— *el dios  
de esas aves es del sólo comer y defecar.*

Empecé a sembrar. El límite de mis tierras es un pedrerío  
y allí cayó mi torpe y primera siembra.

—*En las grietas húmedas asomarán pequeñas plantas,  
regocijos de un día,  
cuyos pies no podrán con la piedra*—dijo el hombre.

Luego arrojé semillas entre los cardos  
que mi pereza no había arrancado. Fue  
un gesto contra mí mismo.

—*No convive el trigo con el cardo*—me advirtió el hombre—  
*las plantas no podrán huir  
cuando la carne les sea hincada hasta la muerte.*

Y llegué a la tierra barbechada.

Hice el voleo como se ofrece zalemas a un dios.

—*Tendrás el granero lleno* —me aseguró el hombre, y  
antes de marcharse, sonriendo suavemente

me dijo: *eres una parábola.*

## RESURRECCIÓN DE LÁZARO

EL poder de su voz venía del convencimiento  
de que él era Él,  
y así llegó hasta tu sello de piedra  
para ordenar que tus carnes entraran nuevamente  
en el tiempo.

Y ahora limpia el atroz perfume de la muerte  
en agua clara y fresca: lava tus largas vendas  
en la corriente del río  
como los pobres desaguan los interminables intestinos de ganado  
que guisan y comen,  
y luego enróllalas  
y guárdalas.

Sé, pues, precavido  
porque nadie sabe hasta cuándo durará el terrible  
milagro.

Él dijo que te levantarás y no dijo más, ninguna promesa.  
Tal vez sólo tienes apurados días  
para contemplar con tus ojos de carne rediviva  
a tus hermanas comiendo pan y mollejas.

Debo decirte, Lázaro,  
que aquí en Betania ya no tenemos noticias del Milagroso.  
Sin profetas nos sentimos muy solos.

Cuando retornes a tu sepulcro  
no volverás a escuchar  
su voz impertinente detrás de la piedra.



## EL MERCADER

LOS criadores de ganado  
traen sus propios corderos de sacrificio.  
Él apareció en el atrio  
como un cordero de nadie, pero su blancura  
era de una región más noble (lo imagino  
entre interminables pastos azules).

Todas las ofrendas de la vendimia, aves y crías,  
no ganarían las indulgencias  
ni los perdones  
de este Cordero, pensé.

Bajó hacia nuestras ventas. En ese instante  
la luz  
lo encumbró como la única ofrenda viva, la gratuita,  
la suficiente,  
la ya sufriente. ¿Por eso,  
furioso, rompió jaulas, desató crías  
y nos expulsó del templo?

Yo vi: la cólera  
es una rara belleza cuando enciende a un animal  
tan albo.

## LA ÚLTIMA CENA

YO dispuse sobre la larga mesa los alimentos  
de la Pascua.

Soy vieja y sé quién está coronado por la muerte. Era Él.

No me atreví a consolarlo  
porque mirando por la puerta la triste noche de Jerusalem  
empezó a destazar para sus discípulos  
el gran pan  
como si fuera un animal de trigo.

Abandoné discretamente el comedor cuando Él decía:  
cada pedazo de pan que reciben soy yo.

Uno de los doce preguntó:  
¿estás empezando una parábola, Maestro?

Afuera pensé: ¡qué poco avisados sus discípulos  
que no ven que el hombre está coronado por la muerte  
y que pan o carne es lo mismo!

Cuando se marcharon  
mi vecina me acusó de exagerada e imaginera:  
Él siempre habla con símbolos, me dijo;  
pero en el comedor vacío, entre las migajas y el vino,  
percibí el límpido olor de una herida.

## LOS DISCÍPULOS DORMIDOS

TE esperamos, Señor, como un rebaño exhausto  
al pie del monte.

El día es un largo ajetreo junto a Ti.

Tus prodigios nos ponen en un mundo distinto. Cuando  
vemos que resuelves tan fácilmente  
los imposibles, el esfuerzo  
por permanecer Pedro, Juan, Andrés o Santiago  
es agotador.

Somos de la tierra, Señor, pescadores y labriegos,  
y sin alas.

Sólo dormir nos aligera.

Cuando subiste a hablar con tu Padre  
entre los olivos

no velamos ni oramos, nos tendimos en la yerba  
porque el día ya estaba cumplido en nuestro cuerpo.

No reproches

tan acremente nuestro sueño, Señor,  
el sueño nos eleva a otra esfera, fabulosa,

como la que viene contigo cuando amanece.

## JUDAS

### SER fiel

como un perro seguidor era mi más íntimo  
regocijo: sabía que me guiaba el mejor.

Podía copiar sus movimientos, iguales músculos  
y huesos se movían en mí,  
y su huella  
en la yerba o el barro  
no era más profunda que la mía.

Cómo no amarlo entonces: Él era el Hijo de Dios  
y me concedía su semejanza.

De otro modo no hubiera podido amarlo  
ni acompañarlo con serenidad de hermano.

Ay, pero yo ignoraba que era campo de pruebas.  
El divino azar hizo rodar entre doce hombres  
el huevo de la serpiente. Anidó en mí.

Yo amaba al albo cordero  
pero tuve que entregarlo como cordero de sangre.

Y ahora, colgado en el viento, sepan  
que no tuve el valor de perdonarme.

## CAMINO AL GÓLGOTA

RODEADO de la perversa muchedumbre  
El Sereno Señor lleva su cruz. Avanza  
entre un contraste ominoso: su dulce rostro  
pregona que belleza es bondad  
entre los encorvados, los lupanarios y los desdentados.

En ellos ya triunfó el animal íntimo:  
todos tenemos un mono  
un lobo  
o una serpiente  
que pugna por aparecer y macular nuestro gesto  
con su pérfido aire.

Cuánta desesperanza, cuánta distancia  
si sólo en tu rostro, Señor,  
veo la piel de la divinidad.

Entonces descubro  
que no te tengo más compasión  
por verte caminar entre los deformes. Ay,  
como en ellos,  
un animal empieza a manifestarse en mi rostro  
y no es de los benditos cielos que tanto contemplo.

## EL DESCENDIMIENTO

NO otra cosa ha sucedido aquí  
que la muerte del hijo de María. Vean:  
                  el cuerpo solo se impone sobre nosotros,  
no necesita ninguna otra grandeza.

La ciudad atardece a lo lejos y  
a espaldas de nosotros.  
Nos sentimos abandonados. La madre,  
la que le dio carne,  
          no madera, no mineral  
sino carne,  
la más extraña y débil de todas las sustancias, llora  
                  tan desconsolador trabajo.

Sé que ahora me desmienten, pero yo oí la voz  
del muerto  
susurrando:  
subiré hasta mi Padre con este mismo cuerpo, e incorrupto.

¿Incorrupto, y sin sudores ni llagas, otra vez limpia carne  
de leche?

Entonces  
verdaderamente este era el Hijo de Dios.

## LA CRUCIFIXIÓN

ELEVADO en la cruz, hijo mío,  
te haces cada vez más vertical: tu cabeza  
injurizada por espinas  
ya toca las más altas nubes.

No te puedo alcanzar, no puedo  
cerrar tu herida con mi mano,  
y la sustancia dorada  
que te dio el Padre  
te sigue abandonando por la lanzada.

Al aire han vuelto los olores  
de tu nacimiento. Ay niño mío,  
crucificado desde siempre,  
tu sangre cae  
y quema la tierra  
y quema los siglos. El tiempo de los pobres  
y el tiempo de los reyes,  
con su cada hora, tendidos,  
están ardiendo a tus pies.

Mañana todo será nuevo,  
menos este dolor infinito. Y no hay consuelo,  
sólo una pregunta que grito  
y acaso Tú reprochas:

¿Era necesario  
que la carne de mi carne  
sea entregada como alianza  
entre la ingrata tierra y el cielo?



# ELOGIO DEL REFRENAMIENTO



**L**OS hijos de los inmigrantes japoneses escuchamos en nuestra infancia que algún día toda la familia iría a Japón. Era un sueño poco convincente, aún para nuestros padres. El sueño se fue diluyendo y la cultura del entorno nos fue dando a nosotros, sus hijos, una identidad que terminaría siendo irrenunciable. Hoy somos un nuevo grupo de mestizos que forma parte insoslayable del complejo tejido social del Perú.

Mi padre llegó en 1916. Era un hombre alto y magro. Nunca pude imaginarlo trabajando como agricultor en los latifundios azucareros de la costa peruana, adonde empezaron a llegar los inmigrantes desde 1899. Siempre estaba sosegado. Parecía que todos sus actos tenían un impecable anclaje interior. Esa contención natural fue el aspecto que más le aprecié, el que más me impresionaba. Mis hermanos y yo terminamos por controlar nuestras expansiones ante él. Nunca nos lo pidió, pero de alguna manera supimos que siempre esperaba de nosotros un comportamiento

más discreto, más recogido de maneras. No es que hayamos reprimido nuestros modos expresivos, sino que aprendimos a no hacer inútiles aspavientos. Su actitud serena parecía decirnos que hay un orden natural que no requiere comentarios agregados e innecesarios a nuestros actos. Pecho adentro pueden estar las tragedias, las intensidades, los abismos, pero éstos no deben expresarse con largos ademanes.

Hay ocasiones en que le atribuyo a mi padre algunas de mis reacciones, pero creo que su actitud modifica especialmente mi conducta en circunstancias críticas. Ante la adversidad extrema, me viene a veces una pulsión recóndita que me señala una responsabilidad: sé como tu padre.

En 1986, en un hospital de Alemania, después de escuchar un diagnóstico terrible, sentí la infinita tentación de descomponerme, de gritar mi angustia e impotencia. Vino entonces a mí un íntimo reproche y me sentí «la única impureza en ese cuarto aséptico». Años después, sobreviviente ya, convertí esa frase en un verso y la continué con otras líneas:

*Mas no patetices. Eres hijo de. No dramatices.*

*El japonés*

*se acabó «picado por el cáncer más bravo que las águilas»,  
sin dinero para morfina, pero con qué elegancia, escuchando  
con qué elegancia*

*las notas*

*medidas primero y luego como mil precipitándose  
del kotó*

*de La Hora Radial de la Colonia Japonesa.*

Esta conducta de imperturbable serenidad ante una situación límite compuso desde muy antiguo el modo de ser nuestros padres. Ellos crecieron escuchando historias de samurais que luego nos repitieron. Las enseñanzas implícitas en los argumentos abundaban en la dignidad ante las situaciones límites y, particularmente, ante la muerte. Abrevio aquí una de esas historias que mi padre contaba: dos samurais amigos habían acordado combatir juntos para defenderse mutuamente las espaldas. En una batalla, uno de ellos fue flechado en un ojo por los arqueros del bando contrario. El herido se dejó caer cerca de un árbol mientras su compañero dejaba la espada para auxiliarlo. Se dispuso a poner su zapatilla en el lado sano del rostro de su amigo para fijarlo y tirar de la flecha. El herido lo detuvo con un gesto y le susurró: «Nadie, ni tú, mi honorable amigo, puede poner su zapatilla en mi cara». Enseguida le indicó que lo ayudara a recostarse en el árbol para esperar, con majestad, la muerte.

Buscar una muerte digna y no dejar el cadáver en una posición vergonzosa es parte del espíritu del Bushido, aquel conjunto de normas éticas con que los samurais gobernaron durante siete siglos el Japón. Con el tiempo, las normas también pasaron a determinar la conducta de la sociedad civil. El Bushido nunca fue escrito pero estaba en el espíritu de todos los japoneses y se transmitía de modo consuetudinario.

Sospecho que la influencia de mi padre también está en la contención de lenguaje que me place practicar. Sé que es imposible explicar convincentemente por qué un poeta escribe como escribe, pero estoy convencido de que el fraseo poético nace de nuestro modo de ser, no de los estilos literarios. Podemos abrirnos a todos los ideales de poesía, pero se decanta en nosotros el que coincide

con nuestra personalidad y se procesa con nuestra biografía. Percepciones poéticas y lenguaje acaso sean anteriores a nuestro primer y ya lejano poema.

Chikamatsu, el gran dramaturgo de bunraku, a comienzos del siglo XVIII dijo: «Cantar los versos con la voz preñada de lágrimas, no es mi estilo. Considero que el pathos es enteramente una cuestión de refrenamiento. Cuando todas las partes de un drama están controladas por el refrenamiento, el efecto es más conmovedor».

Creo que mi padre nunca conoció a Chikamatsu, pero lo imaginé haciéndole una suave venia de aceptación, especialmente cuando ejercía uno de sus varios oficios, el de restaurador de vírgenes y santos caseros, aquellas estatuillas que la gente velaba en las repisas de sus salas o dormitorios. Antes de ser arrastrado por la aventura hasta el Perú, mi padre había sido un joven estudiante en una escuela de arte de Okayama. Era budista, pero ponía el más devoto empeño en resanar las imágenes católicas. Nunca tuvo reclamos, excepto con los Cristos. Su fe sosegada y sin dramatismo lo llevaba a pintarle a los Crucificados sólo una herida discreta en el costado. Entonces sus clientes le exigían las huellas de la pasión, la sangre estridente de la tragedia.

Mi padre era lector de haikus, que no están lejos de la poética de Chikamatsu. En medio de los pollos y patos del corral de mi casa, me traducía, entre grandes pausas reflexivas, esos breves poemas que entonces yo no entendía claramente. Ese fue el primer lenguaje poético que conocí. El haiku es un ejercicio de pudor frente al propio descubrimiento de la belleza. El poeta Shoogui dijo:

*Lirios del valle  
pensad que se halla de viaje  
el que os mira.*

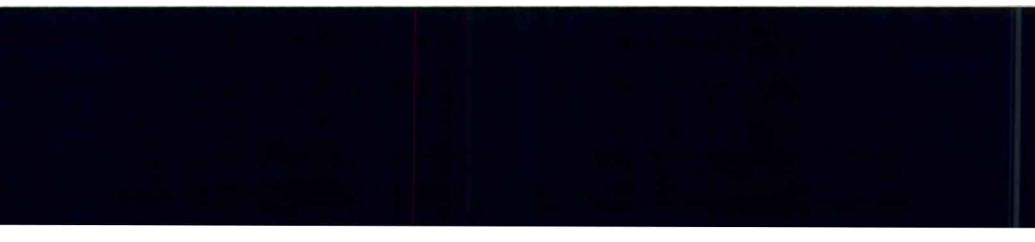
Shoogui no quería que los lirios se percataran de su presencia porque, al estar allí, se sometía al riesgo de tener que escribir el poema. Teóricamente, el haijin, o escritor de haikus, preferiría no tener que escribir su hallazgo poético. Descartaría que todos los hombres estén junto a él y que todos, unánimemente, tengan la misma instantánea percepción. Pero está solo. Entonces, sin afectaciones y del modo más notarial posible, intenta provocar o reproducir en el lector la experiencia que a él le fue revelada.

Cuando hablo de la actitud de refrenamiento de mi padre, siento que no le hago justicia a mi madre. Ella era peruana, hija de braceros de un enclave azucarero. Los japoneses venían sin pareja y cuando deseaban constituir una familia recurrían al matrimonio por poder. Previamente, los retratos de los varones en Perú y de las casaderas en Japón, embellecidos por los retoques fotográficos, cruzaban el océano en busca de una concertación conyugal. Mi padre fue uno de los pocos que no siguió esa tendencia endogámica de «importar» una esposa.

Mi madre había heredado de sus orígenes andinos la impronta de templanza que lucía en todas sus actitudes. Pero su contención tenía un matiz de dureza o de aire áspero. Yo admiraba sus frases. Eran bellas. Estaban relacionadas con cosas cotidianas que de pronto alcanzaban la densidad de lecciones morales a veces despiadadas. Muchas de sus frases, pronunciadas como sorprendivos azuzamientos o estímulos para remontar nuestras debilidades, han terminado imponiéndose en mis poemas. Nunca terminaré de

agradecerle a mi madre su ayuda para sobrevivir con dignidad: «la olla de barro se hace más dura en el fuego», sentenciaba desde su altura de jueza o matrona.

# OBRA POÉTICA DE JOSÉ WATANABE



- Álbum de familia*. Trujillo: Cuadernos Trimestrales de Poesía, 1971.
- El huso de la palabra*. Lima: Editorial Colmillo Blanco, 1989.
- Historia natural*. Lima: Editorial Peisa, 1994.
- Path Through the Canefield*. [C.A. de Lomellini y David Tipton, trads.] Edinburgh: White Adder Press, 1997.
- Cosas del cuerpo*. Lima: El Caballo Rojo, 1999.
- El guardián del hielo*. [Piedad Bonnett, ed.] Bogotá: Grupo Editorial Norma, 2000.
- Habitó entre nosotros*. Lima: Fondo Editorial de la Universidad Católica, Serie Ficciones, Poesía, 2002.

La primera versión del texto *Elogio del refrenamiento* apareció publicada en el número 117 de Revista *Quehacer* (Lima, 1999). La que aquí ofrecemos ha sido especialmente revisada por el autor para esta edición.



# ÍNDICE



*El ojo meditativo de José Watanabe* 7

ÁLBUM DE FAMILIA  
(1971)

Acerca de la libertad	17
Poema trágico con dudosos logros cómicos	18
Informe para mi hermano muerto en la infancia	20
Cine mudo	21
Las manos	23
La visita del ojo que supervisa a los buenos hombres	24
Cuatro muchachas alrededor de una manzana	26

EL HUSO DE LA PALABRA  
(1989)

Mi ojo tiene sus razones	29
Como si estuviera debajo de un árbol	31

Imitación de Matsuo Basho	32
La mantis religiosa	34
Planteo del poema	36
La danza	37
Los versos que tarjo	39
Refulge otra vez el sol	40
A propósito de los desajustes	41
Sala de disección	43
Escena de caza	44
En su caída	45
Trocha entre los cañaverales	47
El anónimo (alguien, antes de Newton)	48
La risa	49
El nieto	50
Como el peje-sapo	52
Nuestra leona	53
El envío	54
El acertijo	55
La impureza	56

HISTORIA NATURAL  
(1994)

En el desierto de Olmos	61
En el cauce vacío	63
El ciervo	64
La oruga	66
Las rodillas	67
El gato	69
La cura	70
El esqueleto	72
La bicicleta	74
A la noche	75

A los '70s	77
A tus orejas	78
La ardilla	79
Este olor, su otro	81
Mamá cumple 75 años	83
Casa joven con dos muertos	85
Interior del hospital	86
La gallina ciega (Goya)	87
El grito (Edvard Munch)	88
De la poesía	90

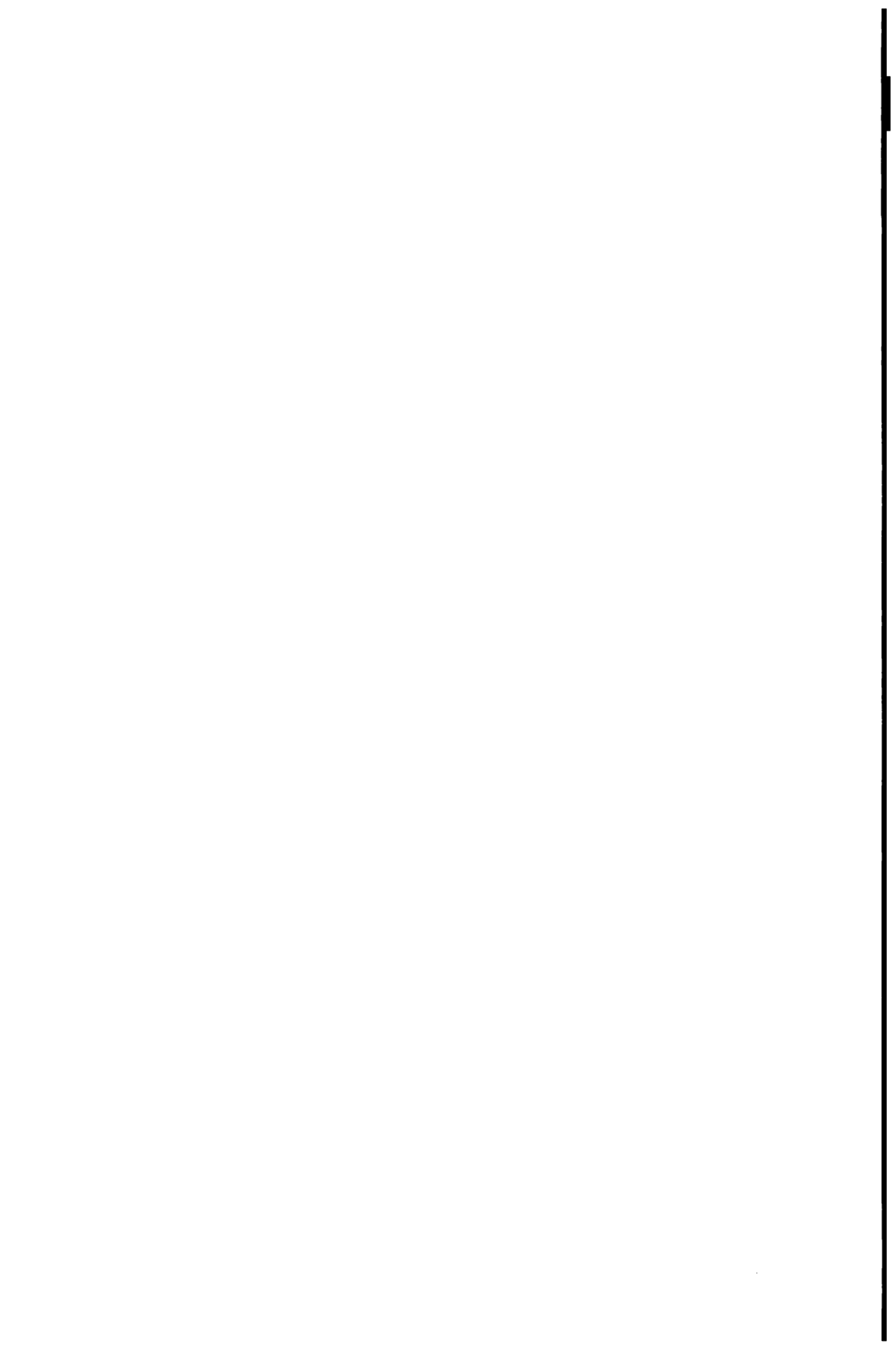
COSAS DEL CUERPO  
(1999)

El lenguado	93
Restaurante vegetariano	94
Nuestra reina	96
Animal de invierno	97
Mi casa	98
Cielo de hospital	99
El baño	101
Los tablistas	102
El ojo	103
Desagravio (i. m.)	105
Las malaguas	106
El maestro de Kung Fu	107
La ranita	108
Los ríos	110
Regresando al Perú en barco	111
En el ojo de agua	113
La vuelta	114
Canción	116
El guardián del hielo	117
Los poetas	119

HABITÓ ENTRE NOSOTROS  
(2002)

La Natividad	123
La tentación en el desierto	124
El descanso en la fuente	125
El endemoniado	126
La adúltera	127
Razón de las parábolas	128
El sembrador	129
Resurrección de Lázaro	131
Las llaves del Reino	133
El mercader	134
La Última Cena	135
Los discípulos dormidos	136
Judas	137
Camino al Gólgota	138
El descendimiento	139
La crucifixión	140
<i>Elogio del refrenamiento</i>	145
<i>Obra poética de José Watanabe</i>	151

**ELOGIO DEL REFRENAMIENTO**  
**de José Watanabe se acabó**  
**de imprimir el 25**  
**de septiembre**  
**del año**  
**2003**  
**✽**







«Azul» POESÍA  
HISPANOAMERICANA

1. EUGENIO MONTEJO *Adiós al siglo XX*
2. PABLO A. FERNÁNDEZ *Libro de la vida*
3. CÉSAR LÓPEZ *Tercer libro de la ciudad*
4. EDUARDO CHIRINOS *Naufragio de los días*
5. JOSÉ WATANABE *Elogio del refrenamiento*







9 788484 721314